Barrio - Porta

2560

Los corrigendos

18

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 36 — Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 106 á 108)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

LOS CORRIGENDOS

A nuestra queridísima amiga
aplaudida primera actriz Guadalupe
Isabel, sus afmos

Los autores

Madrid 23 Junio

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS CORRIGENDOS

MELODRAMA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

Eduardo Carrió y Luis Porta

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES en la noche del 1.º de Diciembre de 1906, con gran éxito, y **prohibidas las representaciones por sus autores á la empresa del expresado teatro**

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1906

AL QUE NOS LEA

Un público cariñoso acogió con francas demostraciones de entusiasmo el estreno de esta obra.

Una prensa benévola emitió, respecto á ella, juicios que no merecemos.

Trancurrido el estreno, y cuando estaba anunciada la cuarta representación, presentamos en el Gobierno Civil una instancia suplicando se prohibieran á la empresa del Teatro de Novedades las representaciones sucesivas de nuestra obra.

Amparándonos en el derecho que la Ley de Propiedad intelectual nos concede, la autoridad gubernativa suspendió la representación unos momentos antes de dar principio.

¿Por qué adoptamos esta actitud?

Un suelto publicado en el *Heraldo de Madrid* y reproducido en otros periódicos de gran circulación, justificó nuestra conducta.

Los que conocen el teatro, comprendieron el alcance de las frases: *por diferencias de índole privada surgidas entre empresa y autores.*

Los que nos conocen personalmente no vacilaron en afirmar que teníamos razón.

Y conste que no nos arrepentimos de lo que hemos hecho.

LOS AUTORES,

A Pepe Abad

Querido amigo: Como en nosotros no hacen mella rutinas ni convencionalismos, te suplicamos, á tí el primer actor cómico *de la compañía, que interpretaras el protagonista de nuestra obra.*

Y que no íbamos equivocados demostraste interpretando fielmente el tipo que imaginamos, dándole la tonalidad, trágica unas veces, irónica otras, con que soñamos dibujar el carácter franco, expansivo y enérgico de Antonio.

Lealmente lo confesamos: hubo frases que si obtuvieron marcadísimo relieve fué por tu especial modo de decirlas.

Ya te pronosticamos en cierta época que llegarías á ocupar en la escena el puesto á que la ductilidad de facultades que posees te da derecho.

Son agradecidos y te abrazan,

Los Autores.

Postdata: *Dale un abrazo cariñosísimo á Martínez Garí,* príncipe *de los escenógrafos, que, de una decoración que ya habíamos visto dos veces en otro teatro,* hizo *un precioso efecto de maquinaria.*—VALE.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GLORIA	Srta. Velázquez.
DOÑA AURELIA	Sra. Luna.
MIGUELILLO	Mendizábal.
MOSQUITO	
CEFERINA	Guijarro.
CÁNDIDA	Srta. Robles.
RAFAELA	Egea.
ROVIREDA	Povedano.
CORRIGENDO 2.º	Ruiz.
ANTONIO	Sr. Abad.
DON JULIÁN	Ruiz Tatay.
EL DIRECTOR DEL CORRECCIONAL	Vico.
ANDRÉS	Valcárcel.
JEREMÍAS	Cano.
CURRIYO	
COSME	Javaloyes.
IGNACIO	Velázquez (L.)
FRAY TIBURCIO	Solans.
FRAY GONZALO	Puga.
ROQUE	Muñoz.
CORRIGENDO 1.º	Oliver.
UN FRAILE	Castañé.
CORRIGENDO 3.º	N. N.
IDEM 4.º	Carboné.
AGENTE 1.º	Puga.
IDEM 2.º	Oliver.

Frailes, corrigendos, etc., etc.

ÉPOCA ACTUAL

Títulos de los cuadros. Primero, Rebelión.—Segundo, Captura.—Tercero, La fuga.—Cuarto, En plena inquisición.—Quinto, La quinta de Palomares.—Sexto, El gran rebelde.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

¡Rebelión!

Salón obscuro La tercera parte del fondo derecha y en ochava, una gran vitrina de cristales con puertas vidrieras que dan acceso á una terraza. Estas vidrieras se hallarán cerradas, amortiguando la luz una cortina. Al fondo gran puerta con colgaduras tras de las cuales se ve un sombrío pasillo. Dos puertas en el lateral izquierda: una en el de la derecha. Entre las puertas de la izquierda un «secretaire» antiguo. A la derecha del fondo una vitrina con objetos de arte; ocupando lugar preferente un puñalito maqueado. En las paredes cuadros religiosos. Sillas volantes. Dos mesitas de nogal pequeñas, con libros y periódicos; sobre una de ellas recado de escribir. La habitación ha de ofrecer un tono sombrío, exageradamente triste.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AURELIA y JEREMÍAS. Al levantarse el telón, Aurelia, de pie, junto á una de las mesitas, vuelve la cara hacia el fondo, en cuya puerta acaba de aparecer Jeremías, que anda lentamente por aquella semiobscuridad

AUR. ¡Eh! ¿Quién? ¡Ah! ¡Si es Jeremías!

JER. El mismo, mi señora doña Aurelia, la más buena, la mas santa de nuestras cofrades, la...

608848

AUR. ¡Oh! No tanto, Jeremías, no tanto. ¿Qué? ¿Y las hermanitas?

JER. Tan buenas como siempre y tan contentas con ustedes, sus queridos protectores... ¡Ah! Sor Guadalupe me ha dicho que no son más que dos cucharadas.

AUR. (Sin comprender.) ¿Qué?

JER. Dos cucharadas.

AUR. No comprendo.

JER. Hablo de las natillas, mi señora doña Aurelia.

AUR. ¡Ah!

JER. Como me dijo usted que le preguntase la fórmula... Para un plato grande, cuatro cucharadas; para uno como el que ellas les mandan, dos.. nada más que dos... Si le echa usted más, se corta.

AUR. Comprendido, comprendido.

JER. (Sin saber cómo empezar la conversación, mientras nerviosamente da vueltas entre las manos al diminuto sombrero.) Dos, sí, señora... sí, señora... tres, digo dos... dos...

AUR. ¡Vaya, hombre, vaya! ¿Y qué? ¿Traes algún otro encarguito?

JER. ¡Pchs!... Una súplica de las hermanas. Por eso quería ver á don Julián y...

AUR. ¿Sí? Hace un momento estaba en su despacho con el Padre Clement.

JER. ¡Ah! Otro santo varón. Don Julián es de los predestinados á la eterna bienaventuranza.

AUR. Si para él se cierran las puertas del cielo... Es de los convencidos y no desperdicia ocasión de hacer el bien. Si por él no fuera, al morir mi esposo, su antiguo amigo, dejándonos sin recursos, hubiéramos perecido de miseria. «No os apuréis—nos dijo á Gloria y á mí—no os faltará un techo y un pedazo de pan. Pero como sé que no aceptaríais nada de favor, necesito que os vengáis á vivir conmigo para llevar la dirección de mi casa.

JER. Sí, señora, buenísimo.

AUR. (Medio mutis.) Voy á avisarle.

JER. ¡Oh! No le moleste usted... no...

AUR. Nada, nada de eso. Verás cómo sale en seguida.

JER. (Siguiéndola.) Pero, doña Aurelia, piense que...

AUR. (Desapareciendo por la segunda izquierda.) Nada, hombre, nada.

ESCENA II

JEREMÍAS solo

Pero si... (Queda solo sin acabar la frase. Se acerca al primer término.) ¡Oh! Es un angel esta buena señora. ¡Con qué piadosa solicitud atiende á cuantos acuden en demanda de sus bondades! Si todas fueran como ella, no sería la mujer imagen del pecado. ¡Oh! ¡La mujer! ¡La mujer!... (Transición y adiós misticismo.) ¡Pero qué ojos tan bonitos tiene la doncella de esta casa! ¡Y un cutis, y un cuerpo, que...!

ESCENA III

DICHO y DON JULIÁN por la segunda izquierda, y CÁNDIDA por el foro, donde permanecerá

JUL. ¡Hola, Jeremías!

JER. (Cambiando sus entusiasmos por una actitud hipócritamente mística.) Mi respetable señor don Julián. (Aparte y viendo á Cándida que aparece en el foro.) ¡Adiós, ya está aquí esa muchacha!..

JUL. (A Cándida.) ¿Qué quieres?

CÁN. Venía á decir al señor, que ahí fuera está...

JUL. ¿Quién?

CÁN. Ese caballero que viene con tanta frecuencia.

JUL. ¿Don Andrés? (Señal afirmativa de Cándida.) Pues dile que no estoy.

CÁN. Si es que le he dicho que...

JUL. Bueno, pues entonces dí que no puedo recibirle. (Cándida hace una inclinación y vase foro.

millones en manos de tan terrible enemigo de la Iglesia? (Breve pausa.) ¡Ya hemos empezado, y es necesario llegar hasta el fin, cueste lo que cueste!

ESCENA VI

DICHO y CÁNDIDA foro. A su tiempo DON ANDRÉS

CÁN. ¡Señorito!

JUL. ¿Otra vez?

CÁN. Es que...

JUL. Acaba.

CÁN. El señor de antes.

JUL. ¿Pero no se fué ese sinvergüenza?

CÁN. Eso creí yo, pero sin duda dió un portazo y se quedó dentro. Al volver de la cocina me lo he encontrado en el gabinete columpiándose en la mecedora y riéndose como un loco.

JUL. (Aparte.) ¡Canalla!

CÁN. Sin darme tiempo á que le preguntara me dijo: «Dí al *virtuosísimo* don Julián, que le traigo un regalo urgente de la Quintá de Palomares.»

JUL. (Aparte.) ¿Eh? ¡Ese hombre es mi suplicio! (Alto.) Dile que pase.

AND. (Antes que desaparezca la doncella, cómicamente.) No hace falta. Estoy aquí.

JUL. (A Cándida.) Déjanos. (Vase Candida.)

ESCENA VII

DON JULIÁN y DON ANDRÉS

AND. (Todo con «fraternidad» mortificante.) ¡So bribonzuelo! Venga usted á mis brazos... Chico, chico. ¿Sabes que los años van destruyendo tu naturaleza? Tienes más canas que yo.

JUL. Pero...

AND. (Sin dejarle hablar.) Sí, más canas. Las misas,

los silicios y ayunos quebrantan tu naturaleza. Pero, oye. ¿Es que no se te ocurre decirme nada? ¿No surge en tu imaginación una frase de afecto para el más cariñoso de tus amigos?

JUL. (Siempre con marcado disgusto.) Es que...

AND. ¡Bah! No importa. Gozo en el bienestar de los otros, y tú, por lo que veo, te estás tratando á lo príncipe, aunque poco te luce. Lacayos de librea, tapices por todas partes, porcelanas, dorados... ¡Esto es una delicia! Chico, chico. (Fijándose en un cuadro de un niño.) Sácame de una duda: ese cuadro es un Rubens, ¿verdad?

JUL. Sí; un Rubens.

AND. ¡Ya lo decía yo! ¡Tengo un ojo para la pintura!

JUL. Bueno, ¿á qué vienes?

AND. (Sin hacerle caso.) Y lo mismo me sucede con las antigüedades. En aquella vitrina veo un puñalito maqueado que bien vale dos mil pesetas... ¿Qué tal?

JUL. ¿Te burlas?

AND. Nada de eso. Te alabo el gusto. Mi opinión es que no debe uno regatearse comodidades. Ya me ves á mí. Me he acostumbrado á no hacer nada. Doce horas de sueño, dos de mesa, una de billar, nueve de bacarrat... y el resto para trabajar. ¡Lástima que sean tan cortos los días! Siempre me falta tiempo para lo último.

JUL. Acabemos. ¿Qué es le que quieres? ¿A qué esa obstinación en molestarme?

AND. ¿Lo ves? Ya te vas haciendo hipócrita. Finges severidad cuando estabas deseando verme. Aparentas enojo cuando te rebosa la satisfacción. Pues al asunto y sin rodeos. Estoy sin un céntimo. O lo que es igual: necesito tres mil pesetas.

JUL. Pero...

AND. Ya comprendes que esa bicoca no merece que se caiga en manos de un usurero. Sin embargo, pensé esta mañana acudir á uno; pero presumí que al saberlo tú, mi más ín-

millones en manos de tan terrible enemigo de la iglesia? (Breve pausa.) ¡Ya hemos empezado, y es necesario llegar hasta el fin, cueste lo que cueste!

ESCENA VI

DICHO y CÁNDIDA foro. A su tiempo DON ANDRÉS

CÁN. ¡Señorito!

JUL. ¿Otra vez?

CÁN. Es que..

JUL. Acaba.

CÁN. El señor de antes.

JUL. ¿Pero no se fué ese sinvergüenza?

CÁN. Eso creí yo, pero sin duda dió un portazo y se quedó dentro. Al volver de la cocina me lo he encontrado en el gabinete columpiándose en la mecedora y riéndose como un loco.

JUL. (Aparte.) ¡Canalla!

CÁN. Sin darme tiempo á que le preguntara me dijo: «Dí al *virtuosísimo* don Julián, que le traigo un recado urgente de la Quinta de Palomares»

JUL. (Aparte.) ¿Eh? ¡Ese hombre es mi suplicio! (Alto.) Dile que pase.

AND. (Antes que desaparezca la doncella, cómicamente) No hace falta. Estoy aquí.

JUL. (A Cándida.) Déjanos. (Vase Cándida.)

ESCENA VII

DON JULIÁN y DON ANDRÉS

AND. (Todo con «fraternidad» mortificante.) ¡So bribonzuelo! Venga usted á mis brazos... Chico, chico. ¿Sabes que los años van destruyendo tu naturaleza? Tienes más canas que yo.

JUL. Pero...

AND. (Sin dejarle hablar.) Sí, más canas. Las misas,

los silicios y ayunos quebrantan tu naturaleza. Pero, oye. ¿Es que no se te ocurre decirme nada? ¿No surge en tu imaginación una frase de afecto para el más cariñoso de tus amigos?

JUL. (Siempre con marcado disgusto.) Es que...

AND. ¡Bah! No importa. Gozo en el bienestar de los otros, y tú, por lo que veo, te estás tratando á lo príncipe, aunque poco te luce Lacayos de librea, tapices por todas partes, porcelanas, dorados... ¡Esto es una delicia! Chico, chico. (Fijándose en un cuadro de un niño.) Sácame de una duda: ese cuadro es un Rubens, ¿verdad?

JUL. Sí; un Rubens.

AND ¡Ya lo decía yo! ¡Tengo un ojo para la pintura!

JUL. Bueno, ¿á qué vienes?

AND. (Sin hacerle caso.) Y lo mismo me sucede con las antigüedades. En aque la vitrina veo un puñalito maqueado que bien vale dos mil pesetas... ¿Qué tal?

JUL. ¿Te burlas?

AND. Nada de eso. Te alabo el gusto. Mi opinión es que no debe uno regatearse comodidades. Ya me ves á mí. Me he acostumbrado á no hacer nada. Doce horas de sueño, dos de mesa, una de billar, nueve de bacarrat... y el resto para trabajar ¡Lástima que sean tan cortos los días! Siempre me falta tiempo para lo último.

JUL. Acabemos. ¿Qué es lo que quieres? ¿A qué esa obstinación en molestarme?

AND. ¿Lo ves? Ya te vas haciendo hipócrita. Finges severidad cuando estabas deseando verme. Aparentas enojo cuando te rebosa la satisfacción. Pues al asunto y sin rodeos. Estoy sin un céntimo. O lo que es igual: necesito tres mil pesetas.

JUL. Pero...

AND. Ya comprendes que esa bicoca no merece que se caiga en manos de un usurero. Sin embargo, pensé esta mañana acudir á uno; pero presumí que al saberlo tú, mi más ín-

timo amigo, lo hubieras tomado como una ofensa.

JUL. ¿Yo? (Pausa breve.) ¿Y vienes á pedírmelo?

AND. Te equivocas. Vengo á que tú me lo ofrezcas. Ya sabes que soy corto de genio y me iría de aquí sin pedirte una peseta. Como que va á ser preciso que me metas los billetes en el bolsillo y que me ruegues que los acepte.

JUL. ¿Estás loco?

AND. No; y prueba de ello es que en breve seré rico. Acabo de terminar una novela emocionante; llena de dramáticos episodios que conmoverán hondamente á la opinión. Fíjate, fíjate en el título: *Los crímenes de un jesuita.* ¿Qué tal? En un mes se agotan veinte ediciones.

JUL. Bueno, pero...

AND. El asunto no puede ser más sencillo. Un hombre riquísimo que agoniza. Un cuñado cariñoso que le asiste. Un médico que recomienda el más exquisito cuidado al administrar sus recetas. «De este frasco, tres gotas cada dos horas. Si continúa aletargado despertadle. Va en ello su vida.» Supongamos que el enfermero eres tú... Pues bien, llega la hora, ¿qué hacer? Si le despiertas, si toma el elixir puede salvarse y entonces... ¡Adiós tutoría! ¡Adiós millones que podrías manejar á tu antojo!...

JUL. ¡Calla!

AND. Y en fin, que si le despierto, que si no le despierto... que en estas dudas llega el día, el pobre hombre estira la pata, y hete aquí convertido en tutor del nene y con ocho millones bajo tus garras... ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué te parece la novelita?

JUL. Acabemos. ¿Qué es lo que quieres?

AND. (Marcándolo mucho.) Se...is... mil... pe...se... tas.

JUL. Pues ¿no eran tres mil?

AND. Sí. ¿Pero es que el cuento no vale nada?

JUL. (Yendo hacia el «secretaire» muy disgustado.) ¡Vaya, vaya! Te daré dos mil y hemos concluído.

AND. No me regatees. Mira que el folletín tiene segunda parte...

JUL. (Disponiéndose á extender un cheque.) ¿Qué?

AND. Y que estoy dispuesto á regalarle el primer ejemplar á tu querido sobrino Antonio, único heredero de la víctima de marras. (A todo esto Julián está escribiendo el cheque. Andrés se aproxima hacia él, y por la segunda de la izquierda aparecen doña Aurelia é Ignacio.)

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA AURELIA é IGNACIO

JUL. (Al verles aparecer.) ¿Te marchas? (Señal afirmativa de Ignacio.) Espera un poco. Voy á terminar con este caballero.

AND. (Aparte.) ¿Terminar? ¡Me parece difícil! (Ignacio y doña Aurelia han pasado á la derecha, primer término, donde se sientan y hablan en voz baja. Andrés, tras de haber mirado con sorna á Ignacio, se acerca al secretaire de don Julián y pone los codos encima.) Oye. ¿Es este el marido que habéis fabricado para Gloria?

JUL. (Secamente.) No sé.

AND. ¡Parece mentira que tengas tanta cana! Lo digo porque, Gloria por un lado, y Antonio por otro, te están tomando el pelo como á un colegial.

JUL. (Dándole el cheque.) Bueno. Aquí tienes y vete.

AND. (Tras haberlo leído con marcado disgusto.) ¿Nada más que dos mil?... Bueno... Por hoy pase... Pero si otra vez me andas con estas miserias .. me siento charlatán y...

JUL. ¡Ea! ¡Vete! (Llevándole hacia el fondo.) ¡Vete! ¡Adiós!

AND. (Con más sorna que antes.) No, adiós, no. Hasta la próxima nómina. (Vase foro riendo á carcajada.)

ESCENA IX

DOÑA AURELIA, DON JULIÁN é IGNACIO

JUL. (Acercándose.) ¿Qué? ¿Hablaste con ella?

IGN. Imposible. Apenas me acerco busca un motivo para alejarse. Estoy persuadido. Gloria no me quiere.

JUL. (Con firmeza.) Te querrá. Te lo aseguro.

AUR. Puedes estar tranquilo.

IGN. Pero si...

JUL. (Acompañándole hacia el fondo.) Descuida, hombre, descuida. Tenemos constancia, tenemos fe y hemos de lograr nuestro deseo. ¡Si estuviera el cielo tan seguro!...

IGN. (Saludando.) Hasta la noche, doña Aurelia. Don Julián...

JUL. Adiós, hijo mío. (Ambos acompañan á Ignacio hasta la puerta del foro, por donde desaparece este.)

ESCENA X

AURELIA y JULIAN. A su tiempo GLORIA, por la primera izquierda

AUR. Me parece que tiene razón. No sé lo que le pasa á esa chiquilla. La presencia de Ignacio la molesta y...

JUL. (Mirando hacia la izquierda.) Calla. Ahí viene Gloria.

AUR. Pues déjame con ella. Yo la hablaré. (Julián vase por la segunda izquierda. Gloria aparece por la primera del mismo lado.)

ESCENA XI

GLORIA y AURELIA. Luego ANTONIO y MIGUEL por el foro

AUR. Ven aquí, hija mía, siéntate. Tenemos que hablar.

GLORIA ¿De qué, mamá?

AUR. De algo que interesa mucho á tu porvenir. De Ignacio.

GLORIA Pero si .. (Voces en el interior del fondo.)

ESCENA XII

DICHOS, ANTONIO y MIGUEL

ANT. (Aparece en escena vestido de claro. Se detiene un momento, se dirige al chaflán y corre las cortinas y abre las vidrieras. La escena se ilumina, entrando un rayo de sol. Esto muy á su tiempo.) ¿Qué es esto? Siempre en la penumbra, siempre entre tinieblas. Ventilación, aire, oxígeno para que respiren á sus anchas los pulmones! ¡Claridad, luz, sol! ¡Mucho sol! (Notando la presencia de Gloria y Aurelia.) ¡Ah! ¿Pero estaban ustedes ahí? Pues no era fácil adivinarlas. (Se detiene un instante y adopta una actitud resuelta como si recordara algo. Va hacia el foro y desde la puerta hace una señal.) Pasa, pasa por aquí, Miguelillo. (Miguel aparece tímidamente. Es un chico de unos dieciseis años. vestido de andrajos, pero bien cuidados. Boina azul.)

AUR. (Levantándose y denotando contrariedad.) ¡Vaya una visita!

GLORIA Es un pobre, mamá. (Compasiva.)

AUR. Vámonos, Gloria.

ANT. No tenga usted miedo. (Dirigiéndose á Miguel.) Pasa y siéntate.

MIG. (Balbuceando) Es que...

ANT. (Sentándole.) Así, eso es. (A Aurelia y Gloria que iban á desaparecer.) ¿Qué, os vais?

AUR. Sí. Tenemos que dar algunas órdenes.

ANT. Bueno, ¿y mi tío?

AUR. Por ahí dentro.

ANT. Es igual. ¿Podéis darme cincuenta pesetas?

AUR. Yo...

ANT. Son para este muchacho. Cincuenta y cincuenta que yo tengo, cien. Precisamente lo que necesita para ser feliz (A Miguel.) ¿No es eso?

MIG. Así es, señorito Antonio.

ANT. Bueno; ¿las tenéis ó no?

AUR. Antonio, piensa que tu tío ve con disgusto tu modo de ser.

ANT. ¡Vaya! Tendré que pedírselas á él mismo.

AUR. ¡Estás loco! Repartes á diestro y siniestro el dinero sin preocuparte de la condición de aquellos á quienes favoreces.

GLORIA ¡Mamá!

ANT. Para mí todos son iguales. Pobres y nada más.

AUR. Me refiero á la condición moral.

ANT. Eso es lo que menos me preocupa. Allá ellos. Yo veo una necesidad y si puedo remediarla lo hago. ¡Ah! La advierto que éste no es de los suyos; como ustedes dicen. Este, aquí donde le ven, es un futuro revolucionario.

MIG. (Levantándose, vacilante. Muy tímido.) Mi condición, señora, es muy triste... Tengo á mi padre en presidio y...

AUR. (Separándose.) ¡Qué horror!...

GLORIA (Compasiva.) ¡Pobrecillo!

ANT. No se asuste usted. El padre de éste es uno de los que van á presidio para que estén repletas las celdas que debían ocupar muchos de los que andan sueltos.

AUR. ¿Pero que hizo el padre de usted, desgraciado?

GLORIA Sin duda le acusan injustamente.

MIG. Señora, fué...

ANT. Lo que sea. ¿No os lo he dicho? En resumen: que allá fué en sustitución de alguien, de cualquiera, quizá de uno de nosotros. ¡Quién sabe si más culpable que él, que robó para sus hijos, lo somos usted, ésta, yo, cualquiera que pudiendo evitarlo no lo evitó!...

GLORIA ¡Desgraciado!

AUR. ¡Oh! Pero...

MIG. Señora... la huelga nos trajo el hambre... Mis hermanitos pedían pan y mi padre no tuvo otro remedio que...

AUR. ¡Basta!... Gloria, sígueme.

GLORIA ¡Mamá!

AUR. (Desde la puerta y secamente.) ¿Me oyes? ¡Esto es intolerable! (Vase Aurelia por la derecha. Gloria la

sigue perezosamente, volviendo repetidas veces la cara para mirar con profunda conmiseración á Miguel.)

ANT. (Mirando por donde Aurelia desapareció.) ¡Igual que hacía Cristo! ¡Pobre Jesús! ¡Cómo le calumnian!

GLORIA (Que se ha detenido un instante, se quita nerviosamente una pulsera de oro con una moneda colgante, y casi llorando se acerca á Antonio.) Toma, Antonio, no tengo más.

ANT. (Estrechando su mano.) Gracias, Gloria. ¡Así, así hacían sus discípulos!

MIG. ¡Oh, no, señorita!

ANT. Dices bien. ¿Qué necesidad hay de llegar á este extremo? (Devuelve la moneda.)

GLORIA Pero...

ANT. ¿No soy rico? ¿No me dejó mi padre esa fortuna que mi tío administra? ¿No dispuso que de mis rentas se destinase una cantidad á fines benéficos? ¿No es esto una obra de caridad tan digna, tan santa, tan noble como las que él hace con mi dinero intervenido por monjas y frailes?... Pues entonces... (Se dirige á la segunda izquierda)

GLORIA (Conteniéndole) ¡Antonio, por Dios! Recuerda el disgusto del otro día...

ANT. ¿Y qué?

MIG. Señorito Antonio,.. Yo no quiero que por mi causa haya el más leve disgusto. Me marcho. (Hace medio mutis.)

ANT. (Deteniéndole con el gesto.) Te suplico, te mando que te quedes. En seguida vuelvo. (Vase segunda izquierda. Gloria intenta irse por la derecha, pero Miguel la detiene con su voz.)

ESCENA XIII

GLORIA y MIGUEL

MIG. Señorita... (Angustiado. Gloria queda inmóvil.) Dispense usted... pero aquí hay tantas riquezas...

GLORIA Bueno, ¿y qué?

MIG. ¡Oh, señorita! Le juro á usted que si mi pa-

dre robó fué por nosotros, pero yo, yo no he robado nunca... Yo no tocaría nada de esto... Pero, ¡quia! ustedes no deben creerme... ustedes no deben ver en mí más que lo que soy. ¡¡El hijo de un ladrón... de un presidiario!!

GLORIA (Acudiendo solícita á sostenerle al ver que desfallece.) ¡Oh, no!

MIG. Y un hombre así, no debe quedarse solo en este sitio...

GLORIA (Con firmeza.) Si es como tú, sí.

MIG. ¡No, no lo crea usted! ¡Todos somos iguales!

GLORIA Te equivocas. Si como dices fueran todos iguales, ¡qué presidio tan grande se necesitaría para encerrar en él á los verdaderos culpables!

MIG. No la entiendo, señorita.

GLORIA Lo creo. Antes me decía Antonio estas cosas y yo tampoco las comprendía. Ahora... ahora ya las voy entendiendo.

ESCENA XIV

DICHOS y ANTONIO segunda izquierda

ANT. (Sale rápida y nerviosamente, se dirige á la vitrina del fondo y la abre febrilmente.) Nada, Gloria, nada.

GLORIA ¿Qué te pasa?

ANT. (Ha tomado de la vitrina un puñalito de oro, se acerca á Miguel y se lo ofrece. Miguel se resiste á tomarlo.) ¿Qué es lo que necesitas para que no os arrojen de la casa, para que tu madre no vaya al hospital, para que puedan comer tus hermanos? Cien pesetas. ¿No es eso? Pues bien, toma. Esto vale más de mil.

GLORIA Antonio, ¿qué vas á hacer?

ANT. (Sin oirla.) Vete á una casa de préstamos, lo empeñas, lo vendes si quieres, y cuanto te den, lo guardas para tí, para tu madre, para tus hermanos.

MIG. (Resistiéndose.) ¡Señorito Antonio!... ¡Yo no!...

ANT. (Le mete el puñal en un bolsillo y le acompaña hasta la puerta.) De prisa, de prisa... Te lo suplico,

te lo ruego, te lo mando. (Diciendo esto ha llegado con él hasta el foro mientras Gloria queda inmóvil. Cuando Miguel ha desaparecido, Antonio queda al centro del foro, se cruza de brazos y dice contemplando á Gloria con satisfacción.) ¿Ves tú? Problema resuelto.

ESCENA XV

DICHOS y DON JULIAN que aparece en la segunda izquierda y mira á Antonio con severidad

JUL. (Notando está abierta la vitrina.) ¡Cómo! ¿Cumpliste tu amenaza?

GLORIA (Aparte y confusa.) ¡Dios mío!

ANT. (Con tranquilidad.) Ya lo ve usted.

JUL. (Adelantando.) Entonces... (Transición.) Tú, Gloria, vete. (Gloria hace medio mutis.)

ANT. (Interponiéndose.) No, quédate. Haces aquí falta.

JUL. ¿Has oído, Gloria? (Medio mutis de esta.)

ANT. Ha oido, sí, pero se queda. (Deteniéndola.) Hemos de hablar usted y yo de ciertos asuntos en que es muy necesaria su presencia.

GLORIA (Aparte á Antonio.) Antonio, ¿qué vas á hacer?

ANT. (Sin atenderle.) Señor don Julián, ha llegado el momento de expresarse con entera claridad, de ser libres, de ser francos, de acabar con esta hipocresía que nos degrada, con esta esclavitud que nos envilece.

JUL. ¿Qué quieres decir?

ANT. Poca cosa. Que todos sus cálculos, sus planes, sus proyectos van á derrumbarse ahora mismo. Verá usted. Gloria no ha querido, ni quiere, ni querrá nunca por esposo al opulento y desmedrado Ignacio, á quien entre su confesor y usted quieren sacrificarla.

JUL. ¿Qué dices?

ANT. No, si queda más. Yo no quiero, ni me es posible querer, y á ella le ocurrirá lo propio, á esa virtuosísima Guadalupe, que para esposa me destinan usted y el que fué mi confesor. . que fué he dicho.

JUL. Te atreverás...

ANT. A todo. Voy á terminar en dos palabras. Oigame usted bien. A causa de esto, Gloria y yo hemos resuelto decir á usted lisa y llanamente que yo no tendré más compañera que Gloria, y Gloria no tendrá más esposo que yo. ¿Se ha enterado usted bien? (Durante esta escena Gloria hace inauditos esfuerzos por contener á Antonio que intenta tranquilizarla con el gesto.)

JUL. ¡Antonio! (Indignadísimo.)

ANT. No, si ya le advertí á usted que había llegado la hora de ser francos, sinceros, y, si es preciso, rebeldes.

JUL. ¿Qué?

ANT. Rebeldes, sí. Rebeldes para romper las cadenas que nos aprisionan, y discurriendo con nuestra inteligencia, y no con la de ustedes, sintiendo con nuestros corazones, tener iniciativa propia, voluntad, conciencia; en una palabra, lograr ser hombres, ser libres, no autómatas ni momias. Eso enerva, denigra, embrutece.

JUL. (Tras breve pausa y después de mirarle de pies á cabeza con irónica severidad.) ¡Ya! Sí, ya hace tiempo que, observándote, dedujo lo que podías dar de sí; te he dejado que te explayes para estudiarte más á fondo, para ver hasta dónde llega tu perversión, porque esperaba que te atrevieras á decir lo que te has callado, ¡hipócrita!

ANT. ¿Hipócrita? No. Lo que callé antes y digo ahora es que tanto á Gloria como á mí nos están haciendo odiar la vida; que tanto ella como yo, estamos sufriendo un martirio horrible, respirando una atmósfera emponzoñada, viviendo en una casa donde todo es ficción, hipocresía, fanatismo...

JUL. ¡Antonio!...

ANT. ... Que yo de mí sé decir, que veo con disgusto... ¡con rabia!... que el dinero que á mi padre le costó muchos sacrificios, se me escatime, se me regatee, se me niegue cuando lo pido para socorrer al pobre, para aliviar al desgraciado; en tanto ese dinero que es

mío, usted, mi procurador, lo desparrama sobre claustros y altares, lo invierte en sufragios y sermones, lo arroja á ese ejército de vagabundos cuya única misión es acaparar riquezas petrificando corazones, embotando inteligencias, esclavizando voluntades. Eso, eso es lo que me callé, querido tío. Ahora, ya lo sabe usted todo.

JUL. (Yendo hacia él amenazador.) Piensa, desgraciado.

ANT. (Muy enérgico.) ¿Qué? (Don Julián retrocede ante la actitud valiente de Antonio que tras breve pausa dice:) Acuérdese usted bien. Esta ha de ser mi esposa. Porque yo lo quiero; porque ella lo desea; más aún, (Muy marcado.) porque debe serlo. (Tras un gesto despreciativo hace mutis por la derecha. Antes de terminar entra doña Aurelia por la puerta que desapareció Antonio y queda en el dintel contemplando a don Julián.)

JUL. ¡Qué desgracia, Señor! ¡Qué desgracia!

ESCENA XVI

JULIÁN, GLORIA y AURELIA

AUR. ¿Qué es esto, Julián? ¿Qué ocurre, Gloria? (Ésta, que iba á hacer mutis por la derecha, se detiene.)

JUL. ¿Qué ha de ocurrir? Que si impío y réprobo era su padre, ese.. ese le aventaja; ese es ateo, rebelde, perturbador.

AUR. ¡Qué tormento! ¡Siempre igual!

JUL. ¡Oh! ¡Y si fuera él solo!..

AUR. ¿Qué dices?

JUL. Que como la lepra es contagiosa, como todo lo dañino es infeccioso, las doctrinas disolventes de ese maldito han contaminado el corazón de tu hija.

AUR. (Con severidad.) ¡Gloria!

GLORIA (Confusa.) No, mamá. No es cierto.

JUL. (Enérgico.) Ciertísimo.

GLORIA Las doctrinas de Antonio no son malas...

JUL. ¿Qué sabes tú, criatura? Son perniciosas, impías...

GLORIA Habla de humanidad... de justicia...

JUL. De todo, de todo, menos de religión, de fe...

GLORIA Predica la caridad y enseña con el ejemplo.

AUR. A ver si te callas... ¿Qué modo de contestar es ese?

JUL. (Irónico.) ¿Lo estás viendo?

AUR. ¿Desde cuándo te permites interrumpir á á tus mayores? ¿Es esa la educación que se te ha dado, ó es eso lo que Antonio te aconseja?

GLORIA (Tímida.) Yo... yo tan sólo decía que Antonio no... no es tan malo como vosotros le juzgais... que sus doctrinas...

AUR. ¿Y tendrás la avilantez de discutir y comparar sus doctrinas con las de nuestra santa religión?

GLORIA Yo... yo. .

JUL. (Con ironía.) Pues no sabes una cosa; no sabes que así como Antonio renunció á la mano de Guadalupe, renuncia tu hija á la del acaudalado Ignacio.

AUR. ¿Es posible?

JUL. ¡Y tanto! Los dos matrimonios tan hábil y convenientemente calculados por el Padre Clement, no llegarán á efectuarse. Tu hija, pobre como es, desprecia el título de millonaria que obtendría al contraer matrimonio con Ignacio; y mi sobrino, que podría acrecentar su fortuna considerablemente al unirse á Guadalupe... elige por esposa á esa... á tu hija...

AUR. ¡Gloria!

JUL. ¡Qué talento ¿eh? qué talento!

GLORIA Don Julián, piense usted que los dos nos queremos...

JUL. ¿Oyes, Aurelia?

GLORIA Que tanto él como yo seríamos muy desgraciados con esos enlaces de pura conveniencia.

JUL. ¡Sigue, Gloria, sigue!...

AUR. (Aparte.) No sé cómo me contengo.

GLORIA (Titubeando.) Y que... y que si hiciésemos lo que ustedes quieren, seríamos... seríamos...

AUR. (Enérgica.) ¡Acaba!

GLORIA Unos... (Antes de acabar la frase aparece Miguel en la puerta del fondo.)

ESCENA XVII

DICHOS y MIGUEL, foro

MIG. Señorito...

JUL. (Aparte.) ¡Maldita interrupción! (Alto.) ¿Qué desea usted?

MIG Venía á hablar con el señorito Antonio.

JUL. No está.

MIG Bueno, pues hablaré con esta señorita.

AUR. Con esa tampoco tiene usted que hablar. Gloria, retírate. (Gloria va á la derecha y queda un momento en el umbral.)

MIG. No, no... Si nada más es decirle que...

JUL. Puede decirnos lo que sea.

MIG. Pues que le diga al señorito Antonio que le devuelvo el puñalito de oro que él me dió.

JUL. Bueno, pues démelo usted y se lo daré. (Gloria, tras oir esto, desaparece por la derecha.)

MIG. (Dándoselo.) Tome usted, señor. Si fuera yo á empeñar ó vender esto, creerían que lo había robado y entonces...

JUL. (Toma el puñal dejándolo en la mesita de la derecha. Miguel se separa un poco y queda en actitud humilde, como al que espera que le den algo.) ¿Qué espera usted?

MIG. Yo. . yo...

AUR. (Aparte á Julián.) Dale una limosna.

JUL. (Dándole una moneda con marcado disgusto.—Aparte.) ¡A esta gentuza! (Alto.) Tome, tome usted.

MIG. Pero... pero usted perdone, señor, me ha dado una peseta y...

JUL. (Interrumpe.) ¿Y qué? ¿Quiere usted más? ¿Exige más?

MIG. No, si no exijo, señor. Pero es que nos quieren despedir de la casa; mi madre está en-

ferma; ¡mis hermanitos se mueren de hambre!

JUL. Pues ya le hemos ayudado en parte. Busque usted á otros; pida usted en otra casa. Suplique, ruegue... Y además, pida usted á los suyos. Nosotros ya tenemos á quien socorrer.

MIG. ¡Los míos! Pero, ¿me podría usted decir quiénes son los míos?

JUL. Vamos, tenga usted la bondad de retirarse, se lo suplico. (Miguel permanece fijo en su puesto.) ¿Ha oído usted?

MIG. (Con mucho sentimiento.) Sí, sí. He oído... Pero es que... (Enjugándose una lágrima con el revés de la mano.)

JUL. (Invitándole á que se marche.) ¡Vamos, vamos!

MIG. ¡Ya me voy, ya me voy. (Da unos pasos y se detiene diciendo:) No sé qué es mejor, si ser humildes ó ser rebeldes... Si somos sumisos se nos humilla con la limosna y se nos deja morir de hambre... Si somos rebeldes, si pedimos justicia, la justicia misma nos conduce á la prisión, como á mi pobre padre.

JUL. (Aparte á Aurelia.) ¿Oyes? Es uno de tantos. Ni un céntimo, ni un mal mendrugo le hubieran dado. (Alto.) ¡Vamos, márchese, márchese! Viendo salir á Antonio.) ¡Pronto, pronto!... (Empujándole.)

ANT. (Saliendo por la derecha con precipitación. ¡Miguel! ¡Miguel!

ESCENA XVIII

DICHOS, ANTONIO y GLORIA

MIG. (Corriendo hacia donde Antonio le llama.) ¡Oh, señorito Antonio!

JUL. (Aparte.) ¡Maldición!

AUR. (Yendo hacia por donde Antonio sale.) ¡Esa Gloria!...

ANT. (Interponiéndose.) No, no se moleste usted, que ya sale. Mírela, ya está aquí... (Aparece Gloria. Doña Aurelia se contiene ante la actitud de Antonio.)

Calma, señora Doña Aurelia, calma. No juzgue antes de enterarse bien.

JUL. (Desesperándose.) ¡Oh, esto es horrible!

ANT. Es ella sí, la que ha venido á decirme lo que aquí ocurría. Es ella la que ha puesto en mi conocimiento la acción meritísima de ese pobre niño. Es Gloria la que ha arrancado de su pulsera esta moneda de oro que yo le régalé y me devuelve hoy para aliviar la situación de ese desgraciado que ustedes inhumanamente arrojan de mi casa; oíganlo bien, de mi casa.

JUL. ¡Antonio!

ANT. Y es Gloria, en fin, la que entre lágrimas y sollozos realiza ese acto que ustedes censuran y execran porque les falta lo que Gloria tiene: corazón.

JUL. ¡Estás agotando mi paciencia!

ANT. Su paciencia debe ser inagotable, como la de Cristo.

JUL. No manches ese nombre con tus labios.

ANT. No lo deshonren ustedes con sus obras.

JUL. (Indignadísima va á abalanzarse sobre él.) ¡Antonio!

MIG. (Interponiéndose oportunamente y haciéndole retroceder.) ¡Eh! ¡Que estoy aquí!... (Aurelia se lleva hacia la izquierda á Julián. Gloria, Miguel y Antonio habrán quedado á la derecha del fondo.) (Por la acción de don Julián.)

ANT. ¡Igual que hacía Cristo, igual!

JUL. (Excitadísimo.) ¡Eres una fiera, un león! Necesitas jaula, domador y látigo... ¡Lo tendrás, Antonio, lo tendrás! ¡Prepárate!

ANT. (Coge el puñal que hay sobre la mesa.) Ya has oído, Gloria. (Cogiendo del brazo á Miguel) Vamos, Miguel, vamos. (Gloria queda á la derecha del fondo. Julián y Aurelia forman un grupo á la izquierda primer término. Antonio y Miguel van saliendo por el fondo, mientras don Julián, desde su sitio, sonríe como si augurara una próxima venganza.— Telón.)

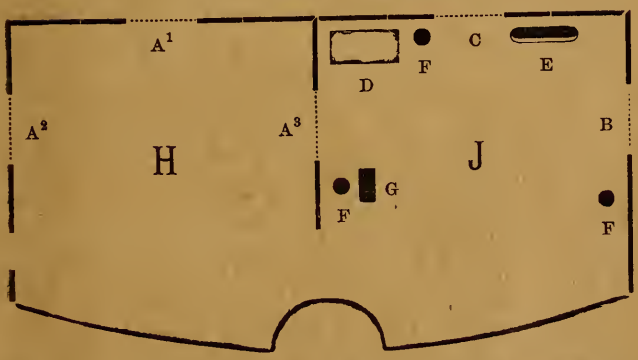
FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Captura

PLANO DE LA ESCENA



A^1=Puerta del cuarto núm. 1.—A^2=Puerta del núm. 2.—A^3=Puerta del núm. 3.—B=Puerta á las habitaciones interiores.—C=Ventana abohardillada.— D=Mesa.— E=Cuna.— F=Sillas.— G=Máquina de coser.—H=Meseta de escalera —J=Bohardilla.

La mitad izquierda del actor lo ocupará una salita abohardillada, baja de techo y con tronera en el ángulo izquierda. En la parte exterior de esta tronera, se apercibe una maceta y una jaula con canario. Puerta á la izquierda con cortina de cretona; otra á la derecha que conduce á la meseta de la escalera.

El mobiliario consistirá en una cuna de vitoria con cortinas, colocada en el fondo y de modo que por la tronera entre un rayo de sol que viene á caer sobre el pequeñuelo que duerme en la camita; mesita de pino, dos sillas de paja y una máquina de coser colocada en primer término derecha.

La mitad derecha de la escena simula la meseta de una escalera. Primer término derecha la escalera que conduce á los pisos inferiores; segundo término puerta practicable; al fondo puerta practicable también. Estas dos puertas así como la que conduce al cuartito de la izquierda irán numeradas en negros caracteres.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, apoyando ambas manos en la barandilla de la cuna y de espaldas al público contempla extasiado el sueño de su hijo. GLORIA sentada á la máquina, cose el forro de un almohadón. Al levantarse el telón hay una pequeña pausa

GLORIA (Suspende un instante su labor, levanta la cabeza y al fijarse en Antonio le habla á media voz.) ¡Pero hombre, que me lo vas á despertar!

ANT. No lo creas. Tiene el sueño pesado...

GLORIA Sí, pero lograrás desvelarle y ¡claro! como tú no tienes que luchar con él... Ya ves ayer, apenas saliste empezó á llorar, tuve que tomarle en brazos y ¡nada! que no pude coser en todo el día.

ANT. (Separándose de la cuna.) Pero mujer, si es remonísimo. Debe estar soñando alguna cosa buena porque se sonríe el picarillo. Voy á darle un beso.

GLORIA ¡Verás! ¿A que me lo despiertas?

ANT. No puedo aguantarme. Ven aquí un momento, mira esa carita de biscuit y dime si tengo razón.

GLORIA Vamos, te has empeñado en que me levante. (Se levanta y va al otro lado de la cuna.)

ANT. ¡Pero si lo estás deseando, loquilla! Ven aquí. ¿Lo ves?...

GLORIA ¡Hijo de mi vida! (Va á besarle.)

ANT. ¡Ah, vamos! Ahora eres tú la que quiere turbar su sueño. (Lo besan ambos.) ¡Ea! Basta...

Que se despierta.. (Quedan las dos figuras á la cabecera de la cuna.)

GLORIA ¿Y qué quieres? Si él y tú es lo único que me rodea. Si no tengo más cariño que el vuestro. Si de este modo es como puedo olvidar ciertas cosas...

ANT. De las que no debieras preocuparte. ¿No eres tú lo que más amo en el mundo? ¿No es nuestro hijo un colmo de felicidad? Pues entonces, olvídalo todo puesto que á ellos te debes, y no quebrantes tu salud con el recuerdo de cosas que pasaron... Pero, ¡quiá! mis sermones no sirven de nada...

GLORIA Te aseguro que...

ANT. No. No me lo asegures. ¿Crees acaso que ayer cuando volví del periódico no ví en tus ojos las señales del llanto?

GLORIA Te equivocas porque...

ANT. Estoy muy habituado á las lágrimas para no apercibirme de sus huellas. Lloraste, Gloria, y créete que aquellos por quienes sufres no te quieren. Si de otro modo fuera no opondrían una tenacidad culpable á nuestros propósitos.

GLORIA Antonio, ofendes á mi madre. (Dolorida.)

ANT. Nada de eso. Respeto las creencias de esa buena señora. Lejos de mí el censurar á nadie. Pero créeme, Gloria, si nos quisieran de veras no se hubieran opuesto con tal fuerza á que legitimáramos nuestra unión, á que borrásemos de ese modo una inconsciencia disculpable en nuestra fogosidad de carácter, en nuestro cariño inmenso, en la confianza ciega que uno en otro teníamos. ¿Qué lograron con ello? Entristecerte, aislarte de su lado... Castigar el amor que me tienes... ¡Pobrecillos! Si el amor es el supremo bien, ¿cómo quieren vencerlo con hipócritas maquinaciones?... (Transición.) En fin, Gloria, no hablemos de estas cosas porque la indignación me hace estallar y lejos de consolarte aumento tu aflicción y hago saltar tus lágrimas.

GLORIA (Poniendo una mano en su brazo.) No, Antonio.

No. Dices eso porque me adoras. Hablas de ese modo porque te subleva que la que es tu esposa ante Dios, tenga que trabajar como una humilde obrera, cuando tú hubieras querido ofrecerla todas las riquezas del mundo. Estallas en indignación porque quisieras trabajar tú sólo, y que se duplicasen las horas del día y que tu mano adquiriera una rapidez mecánica y que de tu imaginación brotasen á un tiempo millares de ideas para fijarlas en las cuartillas y ganar diez, ciento, mil más de lo que ganas. De ese modo dulcificarías la vida de los que te son tan queridos. Pero si yo trabajando soy feliz. ¡Un abrazo tuyo, un beso de mi hijo y ya estoy suficientemente compensada!

ANT. No basta eso, Gloria. La vida tiene sus exigencias. Afortunadamente nos queda poco tiempo de privaciones. Dentro de poco nadaremos en la abundancia y podré dejar el pseudónimo con que escribo, para despistar á nuestros perseguidores. Entonces abandonaréis esta bohardilla.

GLORIA Si, pero no hay que ser ingratos. Continuaremos pagando el alquiler.

ANT. (Riendo.) ¡Calla, tonta! ¡Si hemos de comprar toda la casa!

GLORIA (Palmoteando con infantil alegría.) ¡Ay qué bien! Y luego buscaremos á un viejecito, muy viejecito, de esos que ya no pueden trabajar y le regalaremos este cuarto.

ANT. ¡Ya lo creo! Y además cinco pesetas diarias para que coma. ¿Qué tal?

GLORIA (Muy alegre.) ¡Magnífico! ¡Sublime! Antonio mío, qué bueno eres! (Echándole los brazos al cuello. Poco antes de terminar este diálogo, entra por el hueco de la escalera la señá Ceferina que con la escoba en una mano, el cogedor de madera en la otra y los zorros al hombro parece muy atareada en la limpieza. De vez en cuando, ha interrumpido su tarea para mirar por la cerradura del cuarto número uno y repetir la operación en las de los números dos y tres. Como al llegar á esta última será el instante en que Antonio abraza amorosamente á Gloria, la señá Ceferina levan-

ta la cabeza, hace un guiño malicioso y después de darse una palmada en la frente como si recordará algo, toma los zorros y sacude con furia sobre la puerta del cuarto de Antonio.)

ESCENA II

DICHOS y CEFERINA

GLORIA ¿Eh? ¿Qué es eso?

CEF. (Desde la meseta.) Soy yo.

GLORIA ¡Ah! ¡Si es la portera! Pase usted, señá Ceferina, pase usted.

CEF. (Levanta el pestillo de la puerta y se queda plantada en el umbral volviendo la cara cómicamente.) ¿Se puede ó no se puede?

GLORIA ¡Pues ya lo creo!

CEF. (Entrando.) Buenos días tengan ustedes.

ANT. ¡Hola! ¡Muy buenos!

CEF. ¿Estorbo?

ANT. Nada de eso. Ya sabe usted que está en su casa.

CEF. Gracias, don Antonio. Pero hay que confesar que á veces somos más inoportunos... Y no es que vaya á asustarme, porque eso le está á una pasando todos los días.

ANT. ¿Cómo? ¿También usté? (Sonriendo.)

CEF. ¡Maliciosillo! Me refiero á mis buenos tiempos. Hoy... hoy es una un espantapájaros.

GLORIA Nada de eso.

CEF. Pues mire usté, á pesar de todo, he tenido que plantarle cuatro frescas al de la cerería.

ANT. ¿Qué? ¿Se habrá atrevido?...

CEF. ¡Anda! ¡Anda! ¡Pues vaya un pillastre que está hecho el tal mocito! Gracias á que he sabido cortarle los vuelos, que si no...

GLORIA ¡Já, já, já!

CEF. En fin, para algo he venido yo. Bien sabe Dios que soy enemiga de meterme donde no me llaman. (Pausa leve.) Nada. Que no me acuerdo.

ANT. ¿Han traído algún recado para mí?

CEF. Ya sé. ¿No me pidieron ustedes una llave de arriba? Pues aquí la tienen Nuevecita y lo más pequeña que se ha podido hacer. (Sacando una llave que lleva sujeta en la cinta del delantal.)

GLORIA Gracias, seña Ceferina. Pero ya comprende usté. A veces salgo á entregar labor, se queda la casa sola y si me entretienen algo en la tienda y Antonio vuelve antes que yo, tiene que esperarme abajo. Toma la llave. (A Antonio.)

ANT. Gracias, Ceferina. A fin de mes le daré la propina.

CEF. (Tendiendo la mano.) ¿Quiere usté callar? Ni un céntimo. Porque aunque á una siempre le vengan bien dos ó tres pesetas... No vuelva usté á hablarme del asunto. ¡Pues no faltaba más!

ANT. (Mira el reloj.) ¡Calle! Ya son cerca de las cinco y tengo que llegarme al periódico.

GLORIA Ahí tienes cuellos y puños limpios encima de la cama. (Antonio se dirige á la cuna, mira amorosamente al pequeño y sale por la derecha.) Pero, ¿qué es eso, seña Ceferina? ¿Está usté barriendo?

CEF. ¡Y qué quiere! Si hay cosas que le ponen á una fuera de sí.

GLORIA ¿Qué le ocurre?

CEF. No me lo recuerde usté porque me pongo mala. Figúrese que estaba dando zorrazos en el principal, cuando empiezan á gritar desde abajo preguntándome por el cuarto desalquilado. Yo contesto que no hay ninguno vacío en la casa. El de abajo insiste y asegura que en la puerta de la calle hay un cartelón que dice: «Se alquila cuarto con agua en dos duros al mes.» Al fin, le digo cuatro frescas, me llama loca y se va refunfuñando.

GLORIA ¿Y no había tal cartel?

CEF. Cuando yo bajé no, pero figúrese usté que hoy han venido más de cuarenta personas preguntando por el cuarto y se me ha ido el día subiendo y bajando la escalera.

GLORIA Pero no se comprende como...

CEF. Muy sencillo. Es una diabladura de los chi-

cos del impresor del veintisiete; calcule usted que ya he arrancado doce carteles, pero nada, se conoce que los han hecho por millares.

GLORIA ¿Eh? (Escuchando.) Me parece que llaman abajo.

CEF. Voy á ver. (Abre la puerta. En el umbral queda Gloria. Ceferina se asoma á la barandilla de la meseta y habla.) ¿Quién es?... ¿Eh?... Pero, hombre, si aquí no se alquila ningún cuarto... Pues no señora, es una diablura de los chicos de la imprenta... No haga usté caso... Llame usté á la Guardia civil si quiere... ¡so tia vieja!... (Gloria escucha riendo á carcajadas el diálogo, Ceferina se queda moviendo la cabeza amenazadora. Al fin se vuelve, va á la puerta y se encara con Gloria.) ¿Lo ve usté, señorita Gloria? ¿No es esto para desesperar á un santo? Hasta luego, señorita Gloria.

GLORIA Adiós, Ceferina, y muchas gracias.

CEF. De nada, señorita. (Sale del cuarto, Gloria va de puntillas á la cuna, besa al niño, y sentándose luego á la máquina, continúa su labor. Ceferina recoge la basura, medita un instante, y con infinitas precauciones mira por la cerradura del cuarto número 2; repite la operación en el número 1, pero retrocede asustada.) ¡Vaya un marido cariñoso! (Oyense voces en este último cuarto.) ¡Buena felpa! (Escucha y corre á la barandilla de la escalera en el colmo de la desesperación.) ¡Recontra! Ya viene otro preguntando por el cuartito. ¡Ya va! ¡Como coja á un chico de esos me lo como... lo rajo... lo...! ¡Ya va!... (Toma el cogedor y baja apresuradamente la escalera.) ¡Va! ¡Bandidos!... ¡Granujas!... (Abrese violentamente la puerta del cuarto número 1 y de él sale huyendo Rafaela. Su aspecto es desaliñado, aterradísimo; empuja la puerta del cuarto de Gloria y penetra en él. Tras de ella ha aparecido Cosme, que con amenazadora calma va siguiendo á la joven.)

ESCENA III

GLORIA, RAFAELA, luego COSME, después ANTONIO

RAF. ¡Dios mío! ¡Socorredme!

GLORIA ¿Qué es eso? ¿Qué la pasa á usted?

RAF. Mi marido, que por cualquier cosa se harta de darme golpes, y hoy, más furioso que nunca ha empuñado el cuchillo con ánimo de herirme. ¡Ay, Dios mío! Escóndame usted, que ya viene.

GLORIA ¿Qué? No se atreverá á entrar aquí.

COSME (Empuja la puerta de Gloria y entra.) ¿Dónde está esa bribona? ¿Eh? ¡Cómo sabes escurrir el bulto! Mientras no ves el golpe encima no haces caso... ¡Lastima de!..

GLORIA ¡Señor Cosme!... ¡Que está usted en mi casa!

COSME Por eso me contengo... Pero ¡cá! No va á salirse con la suya. Aprendería pronto el camino para otra vez. Tú, echa para fuera si no quieres que te saque yo arrastras. ¿No vienes? Pues ahora verás si... (Da un paso adelante. Antonio aparece en la puerta de la izquierda.)

ANT. ¿Eh? ¿Qué es eso?

GLORIA La cuestión eterna.

COSME Pero si es que ésta...

ANT. ¡Que siempre habéis de estar igual!

RAF. No le haga usted caso. Es que se empeña siempre en tener razón.

ANT. ¡Vaya, se acabó! Usted, Rafaela, quédese aquí con Gloria. Cosme se va conmigo.

COSME Pero...

ANT. No hay pero que valga. Hasta luego... (Cosme se resiste un momento. Antonio se acerca á la cuna, besa al niño y sale con Cosme, que al traspasar el umbral, amenaza cómicamente á Rafaela.)

ESCENA IV

GLORIA y RAFAELA

RAF. ¡Qué envidia me da el ver á ustedes!

GLORIA ¡Ah! Pues yo creo que la situación de ustedes tiene remedio.

RAF. ¡Imposible! ¡Tiene un genio mi marido!...

GLORIA Pues entonces procure usted no exasperarle con lamentos, á veces injustificados; temple sus iras con sumisión... La mejor arma de la mujer es su propia debilidad.

RAF. No puedo, hija mía. No puedo. En cuanto me dice que no le gusta la cena ó que un vaso no está limpio, ya le estoy llamando todo lo que se me viene á la boca.

ESCENA V

DICHAS, CEFERINA. Cuando se indique AGENTES 1.° y 2.°. Ceferina aparece en el descansillo, golpea en el cuarto número 1, y al ver que no le contestan, llega al cuarto de Gloria y golpea en la puerta con los nudillos

GLORIA ¡Adelante!

CEF Señorita, ¿está aquí la señá Rafaela?

RAF. Sí, aquí estoy.

CEF (Empuja la puerta y penetra en la habitación.) Oiga *usté... ¿Usté* no ha *echao* una *istancia* pa las señoras de la Conferencia?

RAF. Sí, se la entregué á la señora dél entresuelo, que es la secretaria de la Junta.

CEF. Bueno, pues en casa de ésta acaban de entrar dos señoras. Han venido en un *autronmóvile* de esos de luto con ruedas gordas. ¡Y que no llevan brillantes las pobrecitas! ¡Uf! Echaban unos olores á espliego y cosas buenas que, ¡créame usté! desde que han *subío* tengo al perro estornudando como si *tuviá* moquillo.

RAF. ¿Y han preguntado por mí?

CEF. Claro, y han dicho que en seguida subirían.

RAF. ¡Anda! Y yo que tengo encima del sofá el pañuelo de Manila y el traje nuevo de mi marido. Me voy á escape á esconderlo todo, para que cuando suban no vean en la guardilla nada de valor.

CEF. Vamos, usted quiere que no vean allí más que el fuelle y las tenazas.

RAF. Perdone usted, Gloria. Gracias por todo. Adiós, Ceferina. Gracias, muchas gracias. Hasta luego Hasta luego. (Vase y entra en su casa.)

ESCENA VI

GLORIA y CEFERINA

CEF. ¡Uf! ¡Lagartona!

GLORIA Déjela usted, la pobre va á ver si se saca unos realillos.

CEF. Pero eso es una estafa, señorita Gloria. ¡Con seis pesetas que tiene su marido y se atreve á pedir limosna! Y vendrán esas señoras, y le traerán bonos y dinero y mantas. En tanto los pobres del sotabanco no tienen quien los socorra. Pidieron dinero á no sé qué Centro Benéfico y les exigieron la cédula. Como si el estómago entendiese de impuestos. ¿Eh? (Escuchando.) Creo que me llaman. (Suben la escalera los Agentes 1.° y 2.°. Llegan ante la puerta número 2, llaman, se abre ésta y penetran en la habitación.)

GLORIA ¿Será preguntando por el cuarto?

CEF. ¡Cá! He encontrado un remedio magnífico contra esos diablillos.

GLORIA ¿No es un secreto?

CEF. No. He atado al perro al boliche del portón. Hay que decir que desde que un chiquillo le tiró una pedrada, el animalito no puede ver á los nenes.

GLORIA No es mal recurso.

CEF. En fin, me voy que va anocheciendo y tengo que encender las luces. Hasta luego, señorita.

GLORIA Hasta luego, Ceferina. (Vase ésta, desapareciendo por la escalera.)

ESCENA VII

GLORIA. Luego DON JULIÁN

GLORI (Se sienta á coser.) Ahora terminemos la labor, si no me parece que no tengo esto listo para el sábado. (Cose. Pausa. Ha anochecido. Abrese la puerta núm. 2 y del umbral se destaca la figura de don Julián que cautelosamente llega á la puerta de Gloria y golpea con los nudillos débilmente.) Adelante.

JUL. (Entra suavemente, cierra la puerta y pasa á colocarse delante de Gloria que no ha interrumpido su costura.) ¡Buenas noches, Gloria!

GLORIA (Levantándose alterada) ¿Usted?

JUL. Sí, yo. ¿O es que me suponías tan inocente que no había de encontrar vuestro nido?

GLORIA ¿Y mi madre? ¿Cómo está mi madre?

JUL. ¿A tí qué te importa? Es ridículo que te preocupes de aquello que tu misma has abandonado.

GLORIA ¡Don Julián!

JUL. Habitabas un hogar en el que de nada has carecido, tenías por madre una santa que te idolatraba con toda su alma, se te ofrecían los más sanos ejemplos de educación y de virtud y tú, por satisfacer un capricho de niña, por dejarte cegar por oropeles de bondad, has despreciado todo aquello para deshonrar las canas de una madre.

GLORIA (Que ha estado conteniendo las lágrimas, estalla en sollozos.) ¡Don Julián!

JUL. Ya ves que eres muy culpable y gracias á que la bondad de Dios es infinita y mis consuelos han logrado conservar la vida de la que te dió el ser.

GLORIA ¡Madre mía!

JUL. Si no á estas horas serías huérfana y pesa-

ría sobre tu cabeza la maldición que Dios arroja sobre las malas hijas.

GLORIA No me hable usted así, don Julián. Yo no soy mala. Quería á Antonio con toda mi alma, cifraba en él mis ilusiones todas, ¿me engañé acaso? No. El es más bueno aun de lo que yo creía. No tiene nada suyo, no sueña más que en hacer feliz á su mujer y á su hijo.

JUL. ¿Su hijo? ¡Sí! ¡Una vergüenza que unir á las ya sufridas!

GLORIA ¿Y por qué? Si ese hijo no está legitimado en forma, ¿quién tiene la culpa? Los que despreciaron nuestros ruegos, los que volvieron la cara para no ver nuestras lágrimas. Nosotros estamos siempre dispuestos á reparar un momento de ofuscación, á presentarnos sin rubor ante el mundo.

JUL. Eso es imposible. Pero, en fin, tu madre y yo somos cristianos y nos sentimos inclinados al perdón. Prueba de ello es que hace una semana que, con un nombre supuesto, habito la bohardilla medianera á este tabique, que os vigilo cuidadosamente y que he tenido paciencia para no salir ni de día ni de noche hasta que llegara el momento decisivo.

GLORIA ¿Qué quiere usted decir?

JUL. Que ese momento ha llegado. Que vengo en nombre de tu madre para que, convencida de tus errores, lleno tu corazón de arrepentimiento, abandones este infame tugurio y me sigas á aquella casa donde unos brazos amantes te esperan.

GLORIA ¿De modo que quiere usted que abandone á Antonio?

JUL. Sí, á ese ateo, á ese maldito.

GLORIA No, eso no. Mi Antonio es un hombre honrado, un hombre digno. Además, ¿y mi hijo?

JUL. Yo me encargo de él. Le buscaremos una nodriza en un pueblo inmediato á Valencia y podrás ir á verle cuando quieras.

GLORIA ¿Separarme de mi hijo? Nunca.

JUL. Pero, mira que...

GLORIA Nunca, he dicho...

JUL. Vamos, advierte que en vez de amenazar he llegado suplicando. Pero, si me obligas á ello... (Amenazador. Don Julián va á la puerta, la cierra y se guarda la llave en el bolsillo.)

GLORIA (De espaldas á la cuna y después de besar frenéticamente al niño, se agarra con ambas manos á la barandilla y con el pelo en desorden y descompuesta...) ¿Qué hace usted? ¿Encerrarme? ¡Ah! Ahora me convenzo más aún de que es verdad cuanto Antonio me decía. Ahora veo que no es usted lo que aparenta. El hombre humilde, el siervo de Dios, el arrepentido que llora sus culpas, el padre de los desgraciados. No. Usted es el hipócrita que quiere vencer siempre, á los fuertes con astucia, con humildad si es preciso; á los débiles con la fuerza. Yo soy una mujer, pero usted tan astuto, tan hipócrita, tan fuerte, no tiene valor para separarme de mi hijo. Para lograrlo tendría usted que arrancarme de aquí, pisotearme, y aunque me hallase en el suelo revolcándome en desesperante agonía, tendría alientos para insultarle, para maldecirle, para escupir ese rostro que oculta todas las maldades, todas las cobardías, todos los crímenes. Sí. ¡Maldito sea usted! ¡Maldito sea!

JUL. ¡Gloria! (Adelanta amenazador. A las últimas frases de Gloria, Antonio llega á la puerta, escucha, saca la llave, abre y coge por los hombros á don Julián.)

ESCENA VIII

DICHOS y ANTONIO; luego, AGENTES 1.º y 2.º

ANT. ¡Eh! Quieto.

JUL. ¡Antonio!

GLORIA ¡Antonio mío! (Queriendo correr á él que la detiene con un gesto. Julián baja la cabeza un momento como vencido.)

ANT. ¿Lo ves, Gloria? Aquí tienes al reptil. Exi-

gía antes, ¿no es eso? Pues ya lo ves. Ahora tan humilde, tan resignado, tan vencido.

JUL. Vencido, no. Ahora lo verás. (Va al tabique y da dos golpes.)

GLORIA ¿Qué hace usted?

JUL. Lo que debo. ¿Creeis acaso que voy á consentir tamaño crimen?

ANT. ¿Crimen? ¿Usted le llama crimen á querer con toda el alma á una mujer, á arrancarla de donde la esclavizaban sus opresores, á vivir para ella, á trabajar para ella, despreciando un puñado de monedas que legítimamente me pertenecen? Entonces la virtud para usted ya sé en que está: en rezar un rosario, en alimentar á frailes y monjas, y en escudarse con la religión para arreglar matrimonios ventajosos para usted, aunque en ellos siembre desventuras y haga desdichados á muchos seres. ¡Bonita teoría! En esa forma no hallará usted en su conciencia nada que le reproche. (Irónico.) Veo que es usted firme en sus creencias. Ya tiene usted una virtud que aumentar á la larga lista de sus merecimientos: la constancia. ¿A que no se había usted dado cuenta de ello?

JUL. No te consiento que me insultes

ANT. Ni yo que venga usted á mi casa á arrebatarme lo mío.

JUL. ¿Lo tuyo? No soy yo quien te lo quita. Es la ley que castiga á los rebeldes. (Los Agentes 1.° y 2.° salen del cuarto número 2 y entran en el de Antonio.)

ANT. Ni usted como tutor, ni la ley humana como defensora de la sociedad, tienen de qué pedirme cuentas.

JUL. Pues la ley las exige. Ahora mismo vas á seguir á esos hombres.

ANT. ¿Eh?

JUL. Traen una orden gubernativa, y de grado ó por fuerza te llevarán á una casa de corrección. Veremos si allí logran despejarte la cabeza de esos disparates.

GLORIA ¡Dios mío!

ANT. ¿Llevarme á mí? ¿Arrancarme de los brazos

de mi esposa y de mi hijo? (Corre á Gloria y se abraza frenético.) ¡Que lo prueben!

AG. 1.º Caballero, ruego á usted que nos evite un espectáculo y nos siga sin resistencia.

ANT. No. No quiero. No es posible que la ley ampare las infamias de este hombre. Es inhumano que se prive á estos pobres seres de la defensa que yo únicamente puedo prestarles.

JUL. Cumplid vuestra obligación, señores. (Adelantan los Agentes y después de gran lucha. arrancan á Antonio de los brazos de Gloria.)

ANT. No... No quiero... ¡Infames! ¡Malditos!

GLORIA ¡Antonio! Tus gritos han despertado á nuestro hijo. Mírale. Dale un beso. (Antonio hace un esfuerzo para librarse de los que le sujetan y dirigirse á la cuna, pero una mirada de don Julián obliga á los Agentes á arrastrarle hacia el descansillo.)

JUL. ¡Pronto!

ANT. ¡Crueles! ¡Verdugos! (Hasta que caiga el telón, Antonio no cesará de pronunciar duros calificativos.)

JUL. Vamos. (Hace una nueva seña; los Agentes arrastran á Antonio haciéndole desaparecer de escena. Gloria cae sollozando sobre la cuna. Don Julián, sin conmoverse, queda en el umbral de la puerta, de espaldas al público, mirando á Gloria y sonriendo irónicamente.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO TERCERO

La fuga

Patio del correccional.—Fondo de campiña.—Del tercer término izquierda, parte oblicuamente una tapia de obscuro ladrillo, desapareciendo en el centro del fondo al ocultarse entre árbcles y espesos arbustos.

En la visual de dicho término izquierda y casi unida á la tapia, una meseta terriza sobre la que descansa la armazón de una noria. En los restantes términos, iníciase espesa arboleda. Del segundo izquierda, sobresale un banco de carpintero. En el segundo derecha, una carretilla de mano

Colocación de figuras.

Apoyado en el banco de carpintero, el Corrigendo 1.° raspa con un trozo de lija un tablón que tiene colocado sobre aquél.

Oculto por este banco y delante de él Roque sentado en cuclillas, tiene en el suelo un libro del que ha separado el forro de papel blanco que cubría la pasta, enseñando en el revés de dicho forro un plano dibujado con lapiz. A su izquierda, el Corrigendo 2.° de rodillas y sentado sobre los talones, observa atentamente el plano que Roque enseña; á su derecha, el Corrigendo 3.°, de pie, mira á hurtadillas el dibujo siu apartar, de vez en cuando, su inquieta mirada de las figuras que en el fondo se indicarán.

En primer término derecha, Currivo, Mosquito y Rovireda, sentados en el suelo, los dos primeros, espalda contra espalda. El otro, en el centro. Forman grupo, entretenidos en las faenas siguientes:

el primero, ensarta cuentas de rosario en un alambre nikelado; el segundo, dobla cuidadosamente trozos de papel blanco, humedece la línea doblada con los labios y al fin corta en trozos diminutos el papel, colocando los pedacitos simétricamente en el suelo-el tercero, en fin, saca de un saquito granos de arroz y los cuenta dejándolos caer en un vaso de cristal. De vez en cuando éstos se aproximan y hablan, siempre atentos á los descuidos de los frailes.

Por el fondo, pasean, apareciendo y desapareciendo, el Director y Fray Gonzalo, que hablan en voz baja.

Junto á la noria el Corrigendo 4.° recoge con una pala paletadas de tierra que arroja al interior, deteniéndose, de vez en cuando, para enjugar el sudor que inunda su frente.

Todos han de reflejar en su rostro, en instantes determinados, angustia y desesperación, aunque procurando siempre que la presentación de este cuadro ofrezca un ambiente risueño que disimule el fondo de melancolía que lo constituye.

Al levantarse el telón atravesarán de un lado á otro de la escena, varios Corrigendos, unos, con azadones al hombro; otros, con espuertas de arena; otros, con cubos de agua. Al pasar cada uno de ellos. los frailes interrumpirán su diálogo para seguir con la vista á aquellos, reanudando la, al parecer, interesante conversación, en el momento en que desaparezcan.

ESCENA PRIMERA

CURRIYO, MOSQUITO, ROVIREDA, EL DIRECTOR, FRAY GONZALO, ROQUE, CORRIGENDOS 1.°, 2.°, 3.°, 4.°, 5.° y 6.°

ROV. (Cantando.) Novecientos siete... novecientos ocho...

CUR. (Interrumpiéndole.) ¿Oye, tú, sabes que esto del *engarse* no tiene na de divertío?

ROV. Novecientos quince.

CUR. ¿Qué? ¿Te han hecho *enmueser* las matemáticas?

ROV. Nove... ¡Mecachis! ¡Ya me equivoqué!

CUR. No te apures. ¡Mardito si tenemos prisa! Y en la duda, lo mejor es *empesar* de nuevo. Y tú, Mosquito, ¿estás haciendo *confetti?*

MOS. Casi, casi. Tengo que sacar de este pliego mil pedacitos justos.

CUR. ¿Vas á empapelar el salón?

ROV. (Que al equivocarse en la cuenta habrá volcado en el saquito los granos de arroz que el vaso contenía comenzando de nuevo la cuenta.) Once.. doce...

CUR. (A Rovireda.) ¡Ah! ¿Pero lo has tomado en serio?

ROV. (Impacientándose.) Dieciocho... diecinueve..

CUR. Es que...

ROV. (Cada vez más nervioso.) Veinticuatro... veinticinco...

CUR. ¡Pero mira tú que es gracioso! ¡Que un tío como yo que atortolaba á las reses con la muleta, esté aquí engarsando cuentas como una beata!

ROV. Treinta y uno... treinta y dos...

CUR. Verás. ¿A que me constipo? ¡Aaa...chís! (Estornuda ruidosamente haciendo volar los papeles que Mosquito colocaba cuidadosamente en el suelo.)

MOS. ¡Vaya!.. Tienes unas intenciones que... (Exasperándose y apretando los puños, se resigna al fin y va recogiendo los dispersos trocitos de papel.)

CUR. ¿Qué? ¿Vas á embalar el equipaje? (Con sorna.)

MOS. Estoy ejercitando la paciencia. Tengo que cortar mil pedacitos iguales. Así me lo ha mandado Fray Ramiro.

CUR. ¡La verdad que se trae unas cosas esta gentesita! Yo, al menos, haciendo rosarios, me acuerdo de una morena de la calle del Carmen que... ¡Uyuyuy, qué niña! (Engarzando cuentas nerviosamente.)

MOS. (A Rovireda.) ¡Mira, mira á *Lagartijillo*, cómo se entusiasma!

CUR. ¿Te *quiés* callar, so párvulo? ¿Tú qué entiendes de esto, si no has visto más mujeres que la niñera?

MOS. (Agraviado.) ¿Con que no? ¿Y mi novia?

CUR. ¡Tu novia! ¡Tu novia! ¿Qué edad tienes?

MOS. Diecinueve años.

CUR. ¡Atiza! ¡Qué desarrollo de nene! Creémelo. A tí te está haciendo falta una niñera. Como á mí.

MOS. (Burlándose.) ¡Sí, ya sé que Mazzantinito te tiene miedo!

CUR. (Amoscado.) Oye tú, criatura, mira que se me

ha dormido este pie y le voy á despertar en sitio blando.

MOS. ¿Tú á mí? (Se levanta, se le acerca mucho y se retira haciéndole una mueca.) ¡De boquirris! (Curriyo hace ademán de darle un pescozón, pero se comprime, mueve la cabeza con aire de lástima y sigue engarzando cuen- tas muy nervioso.)

CUR. Ego te absorvo.

ROQUE (A los dos Corrigendos que tiene al lado.) ¿Comprendéis el plano? Este cuadrito es el dormitorio... Aquí, el pabellón... Estas rayitas, los lavabos, ó sea el punto de reunión de los zurriagazos... y esta crucecita (Con misterio.) el único sitio por donde podemos escapar.

CUR. (A Mosquito.) Tú serás muy valiente, pero no se te conoce cuando está delante el Padre Gonzalo.

MOS. ¿Que no? Pues mira tú, ayer mismo le planté cuatro frescas... ¡Así como suena! Me dice no sé qué cosa, le hago una mueca, sale corriendo detrás de mí y al llegar á la tabla de las cebolletas, ¡cataplúm! me zambullo de patitas en el estanque... Allí en medio, y con el agua hasta la cintura, ¡chicos!... ¡me hartél... Le dije morral, fantasma, escarabajo, pelotero... ¡Qué sé yo!

ROV. ¿Y él qué hacía?

MOS. Correr de un lado á otro de la orilla, echando lumbre por los ojos y amenazándome con el puño...

CUR. ¿Y en qué acabó esa *trigedia?*

MOS. En que me quedé ronco de gritar... y entonces doy un salto, me echo fuera del agua, me sacudo las extremidades y... ¡ay! ¡No sabéis lo ancho que se queda uno cuando se le sueltan cuatro barbaridades á un tío como ese! Luego...

CUR. Sí, luego, el tío te cogió del cuello como á un pelele, te levantó en vilo y se mareó dándote puntapiés en donde tú sabes.

MOS. ¿A mí?... (Curriyo le hace una seña. Mosquito, creyendo que los frailes le miran, se interrumpe y vuelve á su monótona faena.)

COR. 2.º (A Roque.) A ver. A ver. ¿Y ese redondelito?

ROQUE La noria... Pasando por aquí... si arrancamos algunos pedazos de ladrillo para afianzar el pié... un salto ¡y arriba!

COR. 3.º ¡El Director! (Tose ligeramente. Todos vuelven á su labor. Roque forra el libro y finge leer á los otros en voz baja.)

ESCENA II

DICHOS y el DIRECTOR que sale por el último término derecha, se detiene un instante contemplando á los personajes que ocupan los primeros términos y que en aquel momento disimulan su charloteo al apercibir al Director. Este, se dirige al Corrigendo 1.º é inspecciona el trabajo que aquel realiza en el tablón. El Corrigendo, al verle, inclina los ojos al suelo, visiblemente turbado, y sufre la severa mirada que el fraile le dirige. Cuando se indique FRAY GONZALO

DIR. (Acercándose al grupo de Roque.) A ver. (Toma el libro y lo hojea.) Poco adelantas en la lectura de este santo libro. (Roque se levanta y baja los ojos.)

ROQUE (Turbado.) Es que...

DIR. Cuando aprendas de memoria este capítulo *La paciencia*, se premiará tu laboriosidad aumentándote la ración de comida. (Roque, por un instante, dirige al Director una mirada de indignación, pero al observar que aquel le mira con severidad, deja caer su cabeza con desaliento, mientras el fraile se dirige al grupo de la derecha Los Corrigendos, al verle cerca, imprimen exagerada actividad á su monótono trabajo. Aludiendo á Curriyo.) ¿Qué? ¿Acabarás hoy tu tarea?...

MOS. (Aporte.) ¡Ya está aquí este tío!...

CUR. Sí, eso es... (Aparte.) ¡Frescales!

DIR. Dios premiará tu resignación... Y tú, Mosquito, ¿qué dices? ¿Te disgusta, te disgusta esa labor?

MOS. ¿A mí? ¡Cá!... Si esto es bonito; ¡pero que muy bonito! Ahora mismo se lo estaba diciendo á éste... (Aparte.) ¡Me parece que voy á tenerme que zambullir en el estanque! (El Director tiende de nuevo su investigadora mira-

da, sonríe al fin satisfecho y va al fondo. Fray Gonzalo se le acerca hablándole en voz baja.)

DIR. (A Fray Gonzalo.) Es increíble la resistencia de ese muchacho. Lleva dos días condenado á no dormir y hace cerca de seis horas que trabaja en la huerta.

FR. GON. Pues á pesar de eso, tan rebelde como el primer día.

DIR. Hermano... Vaya á decirle que descanse diez minutos... pero luego... que siga... nada de vacilaciones.. nada de miedo... (Continúan hablando en voz baja. Pequeña pausa.) Está bien... Pero es mejor que vaya yo mismo. (Fray Gonzalo se acerca á los Corrigendos 1.° y 4.° y á una seña suya interrumpen su tarea, recogen los útiles del trabajo y siguen al fraile que desaparece por el fondo. El Director reflexiona un instante.) Hay que impedir que repose... Unos instantes de descanso le animarían mucho y... es necesario debilitar los espíritus rebeldes, para someterlos á la obediencia.

CUR. (A Mosquito.) ¿Ves como le tienes miedo?

MOS. ¿Yo? Ahora verás. (Aprovechando el que el Director se dirige al fondo, va de puntillas haciéndole muecas, mientras los otros Corrigendos procuran comprimir la risa. El Director se vuelve de pronto y Mosquito adopta con rapidez una actitud cómicamente humilde.)

DIR. ¡Eh! ¿Qué es eso?

MOS. Nada... que... deseaba besarle la mano y...

DIR. (Tendiéndole la mano.) ¡Ah! ¡Vamos!

MOS. (Aparte al ir á besar.) ¿Le muerdo... ó no? (Besa al fin la mano y en tanto que el Director desaparece por el fondo izquierda, se dirige á su grupo.) ¿Has visto?

CUR. ¡Sí que estás hecho un fresco!...

MOS. (Con misterio.) Más vale ser eso que no otra cosa.

ROQUE (Levantándose como todos y acercándose á Mosquito para formar un compacto grupo que habla recelosamente á media voz.) ¿El qué?

MOS. Traidor... No hay duda, nos espía alguno de nuestros compañeros.

CUR. ¿Sí? Pues como yo lo coja, lo descabello.

MOS. Déjalo, que yo le arreglaré. Es ese chico larguirucho que ayer estaba hablando con Fray Tiburcio... ¡A él le voy á dar una de cachetes!... ¡Pim! ¡Pam! ¡Pim! ¡Pum! Hasta que se me olvide que le estoy zurrando... Y al padre... ¡al padre!... Oye, Curriyo, dame un alfiler.

CUR. (Buscandose en las solapas.) Si lo tengo.

MOS. Es preciso que sea largo, muy largo y sobre todo que pinche bien.

CUR. (Dándoselo.) ¿Es este bueno?

MOS. Un poco corto... pero en fin... Ahora sólo falta el lugar de la catastrofe...

ROQUE Bueno, ¿de modo que podemos escaparnos los siete?

MOS. Sí, y á Antonio le toca ir delante.

ROV. ¿Y qué pensáis hacer cuando estemos en libertad?

CUR. Esperar á que me crezca la coleta.

ROQUE Yo, decir en mi casa que me he vuelto más manso que una oveja.

MOS. Pues yo irme á un café de camareras y como vea á una guapa... (Oyese el vibrante toque de una campana. Transición.)

ROQUE Nos llaman... (En voz baja.) Antes de que anochezca... ¡aquí todos! (Vanse por segundo término derecha con extraordinaria algarabía Mosquito, Curriyo y Rovireda, y por la izquierda los restantes Corrigendos Procure la dirección de escena que al desaparecer las figuras lo hagan bulliciosamente. Curriyo ensayando un pase de muleta en las mismas narices de Mosquito, un Corrigendo montándose sobre la espalda del otro.)

CUR. ¡Guah!... ¡¡Toro!!... (Simulando la estocada.) ¡Hasta la bola!...

ESCENA III

DIRECTOR y FRAY GONZALO por el fondo izquierda y como si continuaran una conversación

DIR. ¡Oh!... ¡Imposible!... En los años que llevo aquí no he visto una resistencia tan tenaz. Otros Corrigendos se preocupan de fingir

sumisión para que se les dulcifique el castige; éste, nada de eso. Cuanto con más rigor se le trata, mayores son sus energías para insultarnos. Irrespetuoso, irascible, materia dispuesta á la desobediencia... se resiste á la corrección, y solo á viva fuerza puede castigársele.

FR. GON. (Mirando á la izquierda.) Miradle, ahí viene.

DIR. ¿Sí? Hermano, déjeme solo. (Vase Fray Gonzalo por la derecha.)

ESCENA IV

DIRECTOR y ANTONIO izquierda. Antonio sale lentamente por el último término. Su paso tardío, la angustia y el desaliento que en su rostro se retratan, la vista que no se aparta del suelo, todo ello indica en él un ser agobiado por infinita desesperación moral. Pasa por delante del Director con indiferencia, sin percatarse de la mirada con que este sigue sus movimientos, y llega á la carretilla y se apoya en ella con desaliento; pasando su mano por la frente queda ensimismado

DIR. (Se acerca lentamente á él y le habla con fingida dulzura.) Hermano... Tened fortaleza... No hay que olvidar el castigo que os han impuesto.

ANT. (Levanta los ojos hacia el fraile y después al cielo.) ¡Estoy rendido!... ¡Muerto!... ¡No puedo más! (De vez en cuando y hasta que lo enérgico del diálogo lo indique, apoyará una de sus manos en la carretilla.)

DIR. Un castigo sin sufrimiento no sería castigo. Os han prohibido terminantemente que os senteis. El deber manda, al hombre toca obedecer.

ANT. (Queriendo apartar de su vista al fraile, y demostrando lo que le disgusta el escucharle.) ¡Qué suplicio! (Da algunos pasos atrás.)

DIR. (Siguiéndole paso á paso.) Antonio, procura enmendarte, ser humilde, soportar con resignación esta pequeña contrariedad... Así te enseñarás á sufrir como sufrió Cristo... Así... (Viendo á Antonio pensativo y con la mirada al suelo) ¿Qué piensas?

ANT. (Saliendo de su abstracción.) ¿Qué pienso? Que

ustedes son los que deben procurar enseñarse...

DIR. ¿A qué?

ANT. A ser cristianos.

DIR. ¿Eh?... (Adelanta un paso con ademán severo, que reprime al punto para conservar su hipócrita actitud) ¡Vamos!... ¡Estás loco!

ANT. (Animándose.) A ser cristianos, sí. Porque no es propio de los que á Cristo invocan el castigarme como lo hacen, el martirizar á un niño como ese que acabo de ver cultivando la huerta...

DIR. ¿Qué dices?

ANT. Digo que aquí, en esta casa, habrá seres culpables, no lo niego, pero lo que es esa débil criatura no ha cometido otro delito que tener por madre á una fiera, á una viuda joven y vanidosa, que, por quitarse estorbos de su camino, puso en juego su belleza para sepultar un pedazo de su carne en este caserón, en este correccional, en este presidio. (El Director habrá demostrado con indignación su rabia.)

DIR. ¡Falso!

ANT. No. Conozco hace mucho tiempo á ese niño para dudar de su inocencia. Y ahora, ¿qué delito comete? ¿Protestar del encierro, indignarse con el castigo? Es lo menos que puede hacer esa pobre criatura que, en los instantes de angustia, llama a su madre. ¡A su madre! ¡Oh! Valiera más que esa infame le hubiera ahogado entre los brazos al nacer que no dejarle vivir para hacer de él una víctima y disimular luego su crimen en novenas y confesionarios: ¿Es esto ser cristianos? Decidlo.

DIR. No sé cómo me contengo. No sé cómo no te abofeteo, escritorzuelo miserable, que vuelcas la bilis que te emponzoña en asquerosos periodicuchos dignos de la hoguera. ¿Sabes lo que has dicho? ¿Sabes á quién hablas? ¿Quién soy yo? ¿Qué he sido siempre?

ANT. Primero, un hombre útil, un labrador...

DIR. ¿Y luego?

ANT. Luego... ¡Un fraile! (Con desprecio.)

DIR. ¿Y cuál es mi misión en la tierra?

ANT. ¿La tuya? Sí. Atrofiar inteligencias, castrar voluntades, deshonrar el nombre de Cristo. (El Director hace ademán de lanzarse furioso sobre Antonio, pero logra contenerse.)

ANT. (Sin inmutarse.) Pégueme. Pégueme cuanto quiera. No he de defenderme. Primero porque me faltan las fuerzas. Luego, porque si en un momento de indignación te dejara acercar, y echando mis manos á tu garganta apretara fuerte, muy fuerte, hasta que hincases la rodilla en el suelo, hasta que cayeras exánime á mis pies... Si hiciera eso, ¿qué adelantaría? Matar á un fraile. (Muy marcado.) ¡A uno! (Con gesto despectivo.) ¡Sois tantos!...

DIR. Veo que no varías de sistema.

ANT. Ni variaré nunca. Repito lo que desde el primer día dije.

DIR. Y yo te digo que son inútiles tus bravatas cuando tropiezas con voluntades de hierro que no se compadecen de tus sufrimientos, que gozan viendo atormentar á su enemigo, que oyen impasibles tus gritos tras los muros del calabozo, que maquinan nuevos castigos para que algún día, extenuado, vencido, caigas en tierra pidiendo clemencia, reniegues de tus errores, seas dócil á quien debes serlo.

ANT. Os llamé frailes y dije mal. Debí decir inquisidores...

DIR. (Disimulando con frialdad su ira.) No, si no logras alterarme. Mira cómo te contesto. Hermano, continúa el castigo.

ANT. (Levantándose.) Sí, que siga el suplicio. Agotad en mí el refinamiento de la crueldad frailuna. No os basta escatimarme las legumbres, prohibirme el descanso en el húmedo suelo de mi celda, encerrarme días y días, lejos de la luz, del aire... para llevarme después al campo donde el sol abrasa la tierra; el hacerme ahondar los terrones con la azada mientras la disciplina se levanta amena-

zadora sobre mi espalda... No... Hace falta más... Eso es poco. Es poco.

DIR. ¡Calla!

ANT. Es preciso discurrir para que la crueldad se refine; hay que inventar algo nuevo que castigue mi repugnancia á vuestros pantomímicos desplantes... Pues bien, sea; martirizadme más, sacrificadme más... Matadme al fin. Así confirmaréis el título que merece este correccional, fábrica de hipócritas, antro del terror y de la tortura.

DIR. ¡Ea, vamos! Y para que con razón te quejes... ya te aplicaremos un nuevo castigo. Veremos si así se entorpece esa lengua maldita.

ANT. Vamos, sí... No puedo más... ¡No puedo! ¡¡No puedo!! (Sale lentamente por el fondo siguiéndole el Director con una mirada de odío.)

ESCENA V

ROQUE, CURRIYO, MOSQUITO, ROVIREDA, CORRIGENDOS 2.° y 3.° Van apareciendo por distintos términos, con mucho recelo y forman un grupo en el fondo. Cuando se indique FRAY TIBURCIO

ROQUE ¿Estamos todos?

ROV. No falta más que Antonio.

ROQUE Pues no hay tiempo que perder. Allí viene con Fray Camilo... ¿Eh? (Se agrupan y volviendo la espalda á la derecha miran fijamente hacia el lado de la noria.) El padre quiere castigarle... él le empuja... salta á la tapia... ¡Allí todos! (Van á dirigirse á la izquierda, pero en este momento Fray Tiburcio, fraile exageradamente gordo, aparece por la derecha sin que los Corrigendos se aperciban de su presencia De la mano se sirve como pantalla para mirar á la izquierda.)

FR. TIB ¡Jesús!... (Gritando.) ¡Hermano!... ¡Se fugan! ¡Tocad la campana!

ROQUE ¡Ah! ¡Traidores! (Los Corrigendos retroceden en grupo aterrorizados.)

FR. TIB. (Mirando á la izquierda.) ¡Ah! Quiere saltar... Yo lo impediré... (Se dispone á salir corriendo hacia la

izquierda, pero en este momento Rovireda le agarra fuertemente por el sayal, el fraile da vueltas para desasirse, pero el muchacho se cuelga de los hábitos girando al mismo tiempo que aquél. Al fin, Tiburcio logra desasirse y al intentar correr, Mosquito se arroja delante de él haciéndolo caer de bruces. Su exagerada gordura le impide levantarse con la presteza que deseara y por si esto es poco los Corrigendos en frenética algarabía le rodean brincando, riendo y pellizcando á la paternidad caída. Extraordinaria animación. Mucho color, mucha vida en el final de este cuadro. Telón.)

Intermedio brevísimo

CUADRO CUARTO

En plena inquisición

Sala de visitas en el Correccional. La decoración ocupa poco más del primer término. Puerta al fondo y laterales, con portiers de tapiz. Sillas y sillones antiguos, de cuero Junto á un sillón, un velador con libros religiosos, timbre y una calavera de marfil. En las paredes, cuadros religiosos. Esta decoración ha de ofrecer un aspecto sombrío.

ESCENA PRIMERA

DON JULIÁN de pie en primer término derecha y vuelto hacia la puerta de la izquierda. El CORRIGENDO 1.º en la puerta de la izquierda separando el portier y dejando paso al DIRECTOR que aparece á poco. Vase el Corrigendo haciendo una reverencia

JUL. (Acercándose al Director y besándole la mano con humildad.) ¡Mi respetable padre!

DIR. Tome usted asiento, querido don Julián. (Levántanse ambos.)

JUL. (Breve pausa.) ¿Qué? ¿Seguimos lo mismo?

DIR. Igual. Es una fiera. Pero quizá muy pronto...

JUL. Supe por la carta que se dignó usted escribirme la incalificable conducta de ese répro-

bo, de ese monstruo, afrentoso baldón de una virtuosa familia. ¡Oh! Tengo impaciencia por verle...

DIR. Ya le verá usted. Ahora está sufriendo el castigo de la sed, uno de los más eficaces y que solo aplicamos á los que aquí se califican de irredimibles.

JUL. De modo que...

DIR. Su inteligencia embotada por lecturas perniciosas, ha hecho, del que pudo ser bravo defensor de la santa causa, uno de sus más terribles enemigos. Ni amenazas, ni exhortos, ni razones, logran convencerle. Al castigo severo responde con blasfemias, al consejo prudente con argumentos artificiosos.

JUL. Sí, ese desgraciado es en la tierra un castigo á nuestras infinitas culpas.

DIR. Es usted un santo, señor don Julián. Dios sabrá premiar esa resignación haciendo se opere en Antonio el cambio que todos anhelamos. Nosotros, pecadoras criaturas, no debemos sino valernos de cuantos medios estén á nuestro alcance, implorando la protección divina. Ya véis cómo no nos falta. Cuantas veces intentó fugarse pudimos darle caza con la ayuda de Dios.

JUL. En fin, veremos cómo responde á la prueba de hoy. Por mi parte tengo absoluta confianza.

DIR. ¿Ha venido Gloria?

JUL. Ahí la tiene usted, en el saloncito, con Aurelia. Creo que al oir de sus labios la resolución que, según usted dice, se resiste á creer Antonio, dominará éste sus ímpetus.

DIR. ¿De modo que es cosa decidida?

JUL. Pues ya lo creo. Ahora mismo va usted á verlo. (Va á la derecha, abre la puerta y llama.) ¡Aurelia! ¡Aurelia! (Al Director.) No crea usted que ha sido labor de pocos días.

DIR. Lo presumo.

JUL. Su confesor, el Padre Clement, ha demostrado una vez más las envidiables dotes que posee, á él solo se debe...

DIR. ¡Silencio! Ya están aquí.

ESCENA II

DICHOS, GLORIA y AURELIA, por la derecha

(Gloria viste un sencillo traje negro y velo. Está pálida, demudada; su rostro es reflejo del sufrimiento que anega su alma; su paso es vacilante; su voz débil, casi un suspiro; sus ojos se clavan en el suelo con dejos de infinita tristeza.)

AUR. ¡Señor Director!.. (Besándole presurosa la mano que él le tiende.) ¡Vamos, Gloria, saluda al Padre! (Gloria titubea un momento, acércase al fin, coge con la punta de los dedos la mano que el Director la tiende, hace una leve inclinación como si fuera á besarla, pero los labios no rozan la piel del sacerdote y Gloria suelta la mano sin besarla. Julián y Aurelia hablan en voz baja, sin apercibirse de nada. El Director ha clavado en Gloria su inquisitorial mirada, dándose cuenta de lo ocurrido.)

DIR. (Aparte.) ¡No la ha besado! No hay duda. El Padre Clement se equivoca. (Alto y muy solícito.) Vamos, siéntate, pobre niña, descansa un instante. (Gloria se deja caer en la silla que el Director la indica, ocupando él otra á su lado, mientras Aurelia y don Julián permanecen de pie, detrás de aquéllos.) Dime, hija mía, ¿es cierto que estás arrepentida de aquel pecado?

GLORIA (Sin levantar los ojos del suelo, asiente con un débil movimiento de cabeza; pero el Director sigue interrogando con la mirada, contestando ella muy débilmente.) Sí...

DIR. ¿Y cumpliendo la voluntad de Dios, te decides á contraer matrimonio con el hombre que te aconsejan los que te quieren bien?... ¿No es eso?

GLORIA (Como antes.) Sí... (El Director dirige una mirada de inteligencia á Aurelia y don Julián, que á cada respuesta de Gloria hacen ostensible su satisfacción.)

DIR. Esto, no tendrás inconveniente en afirmarlo delante de Antonio. ¿Lo harás, Gloria? (Pausa.) ¿Qué contestas? (Pausa.)

JUL. (Con severidad y mirándola fijamente.) ¡Gloria!

GLORIA Sí... señor.

DIR. (Aparte.) ¡Vaya! Desconfío del milagro del Padro Clement. (Alto.) Entonces voy á ordenar que le avisen...

JUL. Está bien; (Acercándose á él.) pero antes desearía tener una conferencia con Antonio. ¡Los dos solos! (Muy marcado.)

DIR. Comprendido... (A Aurelia y Gloria.) Si tienen ustedes la bondad de pasar á este salón...

AUR. Con mucho gusto (Vanse por la puerta del fondo, después de besar Aurelia la mano del Director que las acompaña hasta la puerta.)

JUL. (Deteniéndole.) Perdone usted. Supongo que habrá dado orden de que no penetre en esta santa casa el sujeto que le indiqué... ¡Don Andrés!

DIR. ¡Claro está!

JUL. Es un hombre peligroso. Sé que está en Madrid y que no trae más objeto que libertar á Antonio. Si lo lograra, fracasarían nuestros planes.

DIR. Esté usted tranquilo. Ese no saldrá de aquí hasta que usted lo ordene... (En tono de misteriosa amenaza.) Y si usted quiere...

JUL. (Imponiendo silencio.) ¡Chist!... (El Director, como quien es comprendido, desaparece de puntillas por la izquierda.)

ESCENA III

DON JULIAN, solo

Se acerca el momento de que mis proyectos se realicen. Gloria se casará con Ignacio. Antonio, ofuscado por la desesperación, aceptará á Guadalupe por esposa, y entonces... entonces mi crimen no habrá sido inútil. Multiplicaré mi fortuna evitando que esos millones se inviertan en fomentar ideas execrables y lograré que en gran parte se apliquen en provecho del divino culto. Ese es el fin. Los medios... los medios... ¡Bah!... (Retrocediendo al ver aparecer bruscamente á Antonio por la puerta de la izquierda.) ¿Eh?

ESCENA IV

ANTONIO y DON JULIÁN

ANT. (Aparece levantando bruscamente el portier, clava sus ojos en don Julián, se cruza de brazos y exclama:) ¡Ah!... ¡El verdugo!...

JUL. (Reponiéndose.) Vamos, Antonio, acércate. (Al ver que Antonio no le obedece, mientras le mira con profundo desprecio.) ¿Qué estás pensando?

ANT. ¡Muchas, muchas cosas á un tiempo!

JUL. (Con fingida amabilidad.) Siéntate, ten calma y hablemos despacio.

ANT. ¡Oh, sí! Pero antes...

JUL. ¿Qué quieres?

ANT. ¡¡Agua!! (En voz apagada todo.) Me muero de sed Hace días que me la niegan... ¡Por Dios! ¡Dadme agua!

JUL. (Sonríe siniestramente, se acerca á la mesita y toca un timbre. Al momento aparece por la izquierda el Corrigendo 1.º) Diga usted al señor Director que permitan traer agua para Antonio. (Vase Corrigendo izquierda.) Ya ves, Antonio, que procuro atenuar el castigo .. (Al ver que Antonio no aparta de la puerta su mirada ansiosa.) ¿Cómo? ¿No me oyes?

ANT. ¡Oh! ¡Me ahoga la sed! ¡No es bastante escatimarme la comida, me han de privar hasta de lo que las fieras tienen: ¡el agua! ¡Qué suplicio, Dios santo! ¡Qué Inquisición!

JUL. ¡Antonio!

ANT. No puedo más. No... ¡Ah! (Al ver que en el umbral de la puerta ha aparecido el Corrigendo con una bandeja y sobre ella un vaso de agua, corre bruscamente hacia él, le arrebata el vaso y bebe con ansia.) ¡Más! ¡Más!

COR. El Director ha dicho...

ANT. Pero es que...

JUL. Luego beberás, luego... (Hace una seña al Corrigendo, desaparece éste. Antonio lo sigue con angustiosa mirada.) Ahora hablemos.

ANT. ¡Oh, esto es inicuo!

JUL. Te equivocas. Sin leyes la sociedad no podría existir, sin penas sería imposible diferenciar al hombre honrado del delincuente.

ANT. Sí, pero esto es peor que una cárcel.

JUL. Eso crees tú. Pero observa que á pesar de ser muy culpable, te dan asilo en la casa de Dios.

ANT. Eso dicen ustedes. Pero veo que las penas que estoy sufriendo de manos de los que se titulan ministros de Dios, no se atreven á aplicarlas los legisladores para reprimir los crímenes mas horrendos, los delitos más repugnantes. En las cárceles, donde se hacinan los seres más abyectos, no ha establecido aún la ley el martirio. En cambio, los mismos que dieron el ser á niños que, quién sabe si por defectos de educación, cometieron calaveradas, los entregan en manos de verdugos sin conciencia.

JUL. Te ofuscas y no reflexionas. El fin del correccional es convertir en hombres honrados á criaturas que prometen ser peligrosas á la sociedad.

ANT. ¡Mentira! Con este ambiente, con tales degradaciones, con estudiado fanatismo, no puede regenerarse nadie. De aquí se saldrá á fuerza de fingir sumisión, ahogando en nubes de odio las pasiones, mordiendo en los labios la protesta, hundiendo las uñas en el pecho para no defenderse. Sí, óigalo usted bien: de esta casa saldrán hipócritas; ¿convencidos? ¡Nunca!

JUL. En fin, es inútil cuanto digamos. ¿Sabes á lo que vengo?

ANT. No; pero seguramente no será á darme la libertad, lo que es mío, lo que es de todos los hombres. Eso no. Vendrá usted á lo de siempre; á disculparse como el verdugo, á tratar de convencer al reo... ¡Ah! Hará usted que calle la víctima, pero le será imposible ahogar los gritos de su conciencia.

JUL. (Muy severo.) ¡Antonio!

ANT. (Con aparente tranquilidad.) He dicho su con-

ciencia y he mentido. (Muy marcado.) Usted no sabe lo que es eso.

JUL. Pues bien, vengo á lo que no te puedes imaginar. Vengo en nombre de Gloria.

ANT. (Transición. Olvidándolo todo, acércase á don Julian, presa de viva emoción.) ¿De Gloria? ¿Ha dicho usted de...?

JUL. Sí, de ella misma.

ANT. ¡Ah! ¿Vive mi Gloria?

JUL. Ya lo creo que vive.

ANT. (Muy vehemente.) ¿Y nuestro hijo? ¿Y mi hijo? ¿Dónde está? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

JUL. Ten calma, Antonio, ten calma y escucha. Gloria, después de estudiar detenidamente las difíciles circunstancias que la rodean y aconsejada por personas de firme criterio y envidiables virtudes, ha resuelto...

ANT. (Interrumpiendo.) ¿Abandonar el mundo? ¿Sepultarse para siempre en un claustro? ¿No es eso?

JUL. ¿Ves cómo te equivocas? ¡Así te sucede en todo! Imaginación loca, espíritu impresionable. Te dejas arrastrar y...

ANT. ¿Entonces? (Temeroso.)

JUL. ¿A qué negarlo? Gloria ha resuelto casarse y se casará; ¡óyelo bien! se casará muy pronto.

ANT. (Tartamudeando.) Pero y... ¿con quién?

JUL. El hombre que ha de hacer de ella una buena esposa es... (Antonio habrá ido levantándose poco á poco de la silla, mirando ávidamente á Julián.) es... Ignacio Vidal.

ANT. (Transtornado.) ¿Qué?

JUL. Ya lo has oído.

ANT. (Exaltándose gradualmente.) ¡Si no me equivoqué!.. Hace tiempo, muchísimo tiempo, desde que tuve uso de razón, que comencé á dudar de que usted, á quien la desgracia convirtió en tutor mío, fuera hermano de aquella santa que me dió la vida. Hace tiempo que dudo si es usted un hombre mejor que los demás, ó un monstruo creado con el único fin de torturar al género humano. Pero lo que no dudo desde este ins-

tante es que si, por sus cualidades, por sus méritos, llevasen los seres escrita en la frente su condición y el premio ó castigo que merecen, leería todo el mundo en la suya lo que yo estoy leyendo: «Soy un miserable... Soy un asesino... No tengo corazón... no tengo sentimientos... Escupidme... Matadme... Aniquiladme...» ¡Y como al reptil ponzoñoso, la humanidad entera le escupiría, le mataría, le aniquilaría!

JUL. Eso y mucho más que puedas decir estoy resuelto á oírtelo sin alterarme Dí cuanto quieras... vomita esos disparates recogidos en el mitin ó copiados de libros que, como sus autores, debieran ser pasto de la hoguera. Dí más, no te contengas. Aquí me tienes dispuesto á escucharte. También tú has escuchado lo que acabo de decirte en nombre de Gloria.

ANT. ¡Mentira! Gloria no puede decir eso.

JUL. Vas á oirlo de sus propios labios. (Acercandose al fondo.) ¡Gloria!

ANT. (Con angustioso acento de duda.) ¡Dios mío! ¿Será posible?

ESCENA V

DICHOS, GLORIA y AURELIA por el foro. Al final el DIRECTOR y UN FRAILE

ANT. ¡Gloria! (Al verla salir lentamente con los ojos bajos y casi llorando, quiere correr á su lado, pero la sombría figura de don Julián se interpone y el amoroso grito se convierte en frase de súplica.) ¡Gloria!...

GLORIA (Sin levantar los ojos y con débil acento.) ¡Antonio!... (Continúa fijando la vista en el suelo como si no se diera cuenta de la mirada firme é interrogativa que Antonio la dirige.)

JUL. (Con aparente severidad y mucha firmeza.) Vamos, Gloria, repite delante de Antonio lo que infinidad de veces has dicho... Dile que te casas... que...

GLORIA ¿Yo?... (Aparte.) ¡Dios mío! (Su pecho se agita en convulsiones que extinguen los nacientes sollozos, sus manos tiemblan, vacila casi. Doña Aurelia toma entre sus brazos á su hija, y sin la mirada enérgica de don Julián que sobre ellas pesa, daría rienda suelta á sus expansiones de madre.)

JUL. (Acercándose á Gloria. A media voz.) Si no obedeces, castigarán con más rigor á Antonio... Ahora elije.

ANT. ¡Ah!... ¿Lo están viendo? ¿Y querrán aún persistir en su infamia? ¿Quieren frases?... Pues yo no. Con silencio, con lágrimas tengo suficiente. Ese silencio, esas lágrimas son el más duro epíteto que puede dirigir á sus verdugos. (Irónico.) Y usted, doña Aurelia, señora virtuosísima, presidenta honoraria de diferentes Congregaciones, alma de la cofradía del Corazón de Jesús... ¿no se destroza su corazón de madre ante el horrible suplicio de su hija?

JUL. ¡Calla, maldito! Gloria ha dicho muchas veces que sólo ve en tí la causa de su desgracia... Que te odia tanto como creyó amarte, que...

ANT. Miente.

GLORIA ¡Oh!...

AUR. (Después de hacer visible la desesperante lucha que mantiene y dirigiéndose bruscamente á la derecha por donde desaparece.) ¡Dios mío!... No puedo más.

JUL. (Continúa sus insultantes frases sin interrumpirse un momento ni hacer caso de los gritos de desesperación de Antonio ni de los lamentos de angustia de Gloria.) ... Que execra tu nombre... que lo aborrece, como lo execra, como lo aborrece toda tu familia.

GLORIA ¡Por Dios!

JUL. Es más. Que si no te mira desafiándote es porque la repugna ver ante sus ojos al infame que la deshonró...

ANT. (Energico.) ¡Calla!

JUL. La afrenta de ella... el baldón de todos...

ANT. ¡Ah! (Mordiéndose las manos en el paroxismo de la desesperación, mesándose los cabellos é intentando á veces arrojarse sobre don Julián que continúa impasi-

ble su obra sin compadecerse de la angustiosa situación de Gloria.)

JUL. ... Que ama á otro, ¡á su esposo! á un hombre más sabio, más bueno, más digno que tú. ¿No es así, Gloria? Responde.

GLORIA Es... (Vacila un instante, pero don Julián no aparta de ella su amenazadora mirada y la joven afirma casi con un suspiro.) Es... Sí...

ANT. (Loco de furor.) ¿Qué?

GLORIA (Casi desmayándose.) ¡Madre mía! (Don Julián acude á sostenerla y muy despacio arrastra á Gloria hacia la puerta de la derecha mientras con aire de triunfo se dirige á Antonio.)

JUL. ¿Lo has oído bien? ¿Lo creerás ahora?

ANT. (Loco de angustia y de indignación. Llorando unas veces, riendo otras. Ya enérgico, ya suplicante.) No. No te vayas, Gloria. No te vayas. Oyeme. Soy yo el que te lo suplica. Yo, tu compañero de infortunio, el que tienen prisionero en esta cárcel, el que martirizan con suplicios horribles... Yo, tu Antonio, por nuestro amor, por nuestro hijo, te pido que contestes sin miedo. ¿Es cierto lo que dice ese hombre? Contesta, Gloria, contesta. (Esta última frase será horrible grito de dolor. Una crisis nerviosa se ha apoderado de Gloria; reacciona al fin, y en el instante en que arrastrada por don Julián va á desaparecer por la derecha, separase bruscamente de éste y corre hacia Antonio que la abre sus brazos.)

GLORIA ¡¡Antonio!!!

ANT. ¡¡Gloria!!! (Dirigiendo una mirada terrible á don Julián y deteniéndole con el gesto.) ¡Asesino!!

GLORIA (Llorando.) ¡Perdón, Antonio, perdón!

ANT. ¡Mi vida! (Don Julián se adelanta amenazador hacia los jóvenes.) Y ahora, acérquese usted, pruebe arrancarla de mis brazos... pruébelo y le aplastaré como si fuera una víbora.

JUL. Ahora verás, desgraciado. (Toca el timbre.)

GLORIA Es preciso huir, Antonio mío.

ANT. ¡Imposible! Esto es peor que una cárcel... (Abrese la puerta que hay detrás de Antonio y aparecen en ella el Director y un fraile, que se acercan cautelosamente á aquél.)

JUL. Es preciso acabar. (Hace una seña, se acerca al gru-

po, arranca á Gloria que se resiste terriblemente á separarse de Antonio, y cuando éste se dispone á defenderla, los frailes le sujetan por los brazos trabándose desesperada lucha.)

GLORIA ¡Antonio!

ANT. ¡Gloria mía!

JUL. (Arrastra á Gloria hacia la derecha, la empuja haciéndola desaparecer y queda en el umbral de la puerta la figura de don Julián, levantando el portier y riendo irónicamente ante la inútil lucha que Antonio sostiene.) ¡Já, já, já!...

ANT. ¡Se va!... ¡Dejadme!... ¡Verdugos!.. (Los frailes le conducen hacia la puerta de la izquierda.) ¡Gloria!... ¡¡¡Gloriaaa!!!... (Desaparece arrastrado por los frailes; su voz se oye alejarse prolongando infinitamente la última vocal del nombre de su adorada.—Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO QUINTO

La Quinta de Palomares

Salón-Biblioteca en casa de don Julián. Gran puerta de cristales al fondo con montante circular que conduce al jardín. A ambos lados de esta puerta y perdiéndose en el lateral, estantes de nogal de dos metros de altura, llenos de libros. Dichos estantes de dos ó tres cuerpos y numerados cada uno de estos.

La decoración ocupará el segundo término. Es ochavada con pequeñas laterales. La de la izquierda cerrada por la continuación del armario. La de la derecha una puerta de una hoja por cuyos lados y por la parte alta continúa también la estantería. En el ángulo izquierdo una mesita pequeña de nogal y unas sillas de cuero. Sobre la mesita una lámpara eléctrica con pantalla verde, apagada. Del techo pende un grupo de tres luces con tulipas verdes, encendidas. Escalerilla de mano.

ESCENA PRIMERA

CÁNDIDA puesta en jarras, frente al estante de la izquierda, se empina sobre las puntas de los pies como queriendo leer los títulos inscriptos en el lomo de los libros altos. JEREMÍAS, detrás de ella, con la boca abierta, la contempla absorto y abre los brazos como disponiéndose á abrazarla

CÁN. Sí, pues el señor me dijo que en el departamento número tres... A ver si es ese... Fal... sas... Doc... trinas. No, no es. (Vuelve de pronto la cara y se queda contemplando á Jeremías que la ha

puesto una mano en el hombro.) Pero hombre, ¿qué hace usted?

JER. ¿Yo?.. Nada... (Azorado.) Que sí... que no... que no es ese. ¿Qué ha de ser? Yo me acuerdo que el primer tomo, que me lo prestó don Julián para el Padre Ramiro, tenía la pasta encarnada y era de gordo... así como ese... (Indicando uno muy alto.)

CÁN. Pues entonces... debe estar por aquí... ¿Cómo dice usted que se llama?

JER. *La disciplina*... ¡Calle!... ¿Ve usted aquél?

CÁN. ¿Cuál?

JER. Ese de ahí arriba.

CÁN. No puedo leerlo desde aquí...

JER. Ni yo .. Pero oiga usted, aquí está la escalera. (Aparte.) ¡Vaya un punto que estoy hecho! (Alto.) Suba usted y mírelo.

CÁN. ¿Y si me caigo?

JER. No tenga usted miedo. Yo la sostengo...

CÁN. Bueno. Pues vamos á verlo. (Coge la escalerilla, la acerca y empieza á subir. Señalando á un tablero, mientras Jeremías sostiene la escalera y procura mirarla las pantorrillas.)

JER. (Aparte.) ¡Vaya unos piececitos! ¡Uyuyuy!...

CÁN. ¿En esta fila?

JER. No... Más arriba, más arriba. Ahí.

CÁN. (Al ver que se dispone á subir Jeremías, se agacha y hace temblar la escalera con sus contorsiones.) ¿Eh? Pero, hombre, ¿qué hace usted? ¡Que me voy á matar!...

JER. (Aparte.) ¡Ay! ¡que sube! ¡Que sube!... ¡Vaya unas...!

CÁN. (Leyendo.) *El buen... ladrón... La joven de las tres enaguas...*

JER. (Siempre mirando.) ¡Ya está!

CÁN. ¿Cómo?

JER. Que ahí está.

CÁN. ¿Pero no decía usted que se llamaba *La disciplina*...

JER. ¡Claro!

CÁN. ¡Vamos, hombre, usted está mochales! (Leyendo.) *Las travesuras de Juanita, La doncella de mi mujer*. ¡Vaya unos libritos! ¿Qué le parece á usted esto?

JER. (Mirando á las pantorrillas.) ¿Esto? ¡Superiosísimo! ¡Muy desarrolladas!...

CÁN. ¿Pero á qué se refiere usted?

JER. A esto.

CÁN. Aquí está *La disciplina.*

JER. (Aparte.) ¡Ay! ¡ya baja! ¡ya baja! (Alto.) Vamos á ver. ¡Monísima! (Sube un tramo de la escalera y coge uno de los pies de Candida. Esta vuelve la cara y deja caer un enorme librote sobre la cabeza de Jeremías.) ¡Recanastos!... ¿Qué es eso?

CÁN. (Bajando muy deprisa.) Nada, que ahí tiene usted el libro. Y otra vez se mete usted las manos en el bolsillo. ¡So sinvergüenza!

JER. (Cogiendo el libro.) ¡Bah! Tonta... ¿Pero no comprendes que estoy loco por tus cachitos?

CÁN. Vaya usted de ahí, rapacirios.

JER. Dentro de dos días vengo por el tercer tomo.

CÁN. Sí, pues búsquese usted un ascensor para entonces... ¡So trasto!... (Vase muy enfadada.) ¡Habrase visto el muy...!

JER. Ya está á borde del abismo... Un repasito más y se derrite. (Coge el libro y sale por la derecha á tiempo que entra don Julián.)

ESCENA II

JEREMÍAS y DON JULIAN

JUL. ¿Ha parecido?

JER. Sí, señor. Aquí está.

JUL. Bueno, pues le dices al Padre Ramiro, que en cuanto lo lea, haga el favor de devolverme el primer tomo, porque me lo ha pedido el Padre Clemente.

JER. Sí, señor. Se lo traeré en seguida.

JUL. ¿Sigue tan mala la noche?

JER. Horrible, señor don Julián. Tendrá usted que desistir de la cacería de mañana.

JUL. Todo estaba ya dispuesto; pero ¡qué quieres! el tiempo por un lado y mi enfermedad por otro...

JER. ¡Ay! Cuídese usted mucho don Julián, cuí-

dese usted mucho; ¡y, por Dios, no tome el disgusto más insignificante!

JUL. ¡Oh, Jeremías!

JER. Recuerde usted lo que dijo el doctor: aires puros, buenos alimentos, mucha tranquilidad, sobre todo mucha tranquilidad. Al más leve disgusto podrían repetirse los ataques, y entonces..

JUL. No hablemos de esto. ¡Ah! Dile al Padre Ramiro que mañana le enviaré el dinero para las limosnas de este mes.

JER. ¿Puedo retirarme?

JUL. Espera... Voy á consultar un libro y... Estoy tan pesado... Mira, haz el favor de subir la escalerilla y dame aquel volumen; el de lomo negro...

JER. Con mucho gusto. (Subiendo.) ¿Cuál? ¿Este?

JUL. Sí, ese creo que es.

JER. (Sube, lo saca del estante y se lo da á don Julián que, vuelto de espaldas á Jeremías, va á la mesa y hojea el volumen. Jeremías mira á los libros, titubea un momento, saca un libro pequeño y se lo guarda en el bolsillo.) ¿Quiere... usted algo más?

JUL. Nada. Puedes retirarte. Y muchas gracias.

JER. (Bajando la escalera.) De nada, don Julián. Ya sabe usted que no tiene más que mandarmeQue usted lo pase bien... Que pase usted buena noche.

JUL. (Distraído.) Bueno. ¡Adiós!

JER. (Saca el libro y lee.) Mañana se lo traeré. Pero no hubiera podido pegar los ojos si me voy sin él... A ver... El mismo... *La joven de las tres enaguas*.. ¡Esto debe tener cosas buenas!... ¡Buenas!.. (Al ver que don Julián levanta la cabeza.) ¡Buenas noches! (Vase.)

ESCENA III

DON JULIÁN, solo

JUL. ¡Qué pesado se pone á veces este hombre!... (Va al fondo, da á la llave y apaga el grupo de luces después de haber encendido la lámpara.) Sí, la cita

estaba en este volumen. ¡Ya se lo decía yo al capellán! (Cierra el libro, se sienta junto á la mesa, saca unas hojas de papel del bolsillo y un lápiz, y escribe.)

ESCENA IV

DICHO y AURELIA

AUR. ¿Estás solo?

JUL. Sí. Pasa. ¿Qué quieres?

AUR. Lo de siempre. Que me tiene preocupada esa muchacha... no come... apenas habla... Se pasa el día encerrada en su cuarto, y desde el pasillo la oigo llorar á cada instante. Lleva un mes lo mismo. Sus ojos están inyectados... sus manos arden.

JUL. ¡Bah! Eso carece de importancia. La impresión del primer momento... Pero los aires de la huerta purificarán su sangre y luego, cuando comprenda que es ridícula esa resistencia... cuando se persuada de que el mejor camino es cumplir lo que le mandamos... Entonces ya verás cómo se resigna.

AUR. Pero esa boda...

JUL. Esa boda se celebrará sin el menor obstáculo. Ignacio la tomará por esposa convencido del buen servicio que presta á nuestra santa causa.

AUR. ¿Y si se entera de todo?

JUL. Ya se le ha preparado haciéndole ver que cumple una sagrada misión al salvar de la deshonra á una infeliz. Todo se ha reducido á urdir una fábula... Ya sabes que para mí nunca hay obstáculos, y cuando los encuentro á mi paso...

AUR. ¡Calla! Ahí viene Gloria. (Julián se acerca á la mesa, hojea el libro y Aurelia se dispone á salir.)

ESCENA V

DICHOS, GLORIA por la derecha.

GLORIA ¡Ah! (Al verlos intenta retroceder tímidamente.)

JUL. ¿Qué es eso?

GLORIA Nada. (Con angustia.) Creí que no había nadie.

AUR. Pasa, hija mía... pasa...

JUL. ¿Tienes miedo? ¿De qué?... ¡Ah! quizá algún día comprendas que no somos tan malos como te han hecho creer... Quizá muy pronto te convenzas de que nuestras aspiraciones, nuestros anhelos eran únicamente labrar tu felicidad.

GLORIA Sí... Pero no me martiricéis más. Si tanto cariño me profesáis, dejadme que viva aislada, que llore libremente las culpas que me atribuís, que piense á mis anchas en cosas que fueron para mí muy queridas; ¡que llore por ellos!...

AUR. ¡Hija mía!... (Va á acercarse. Julián con un gesto la contiene.)

JUL. (Aparte á Aurelia.) Vete. Nos conviene á todos. Es el último recurso.

AUR. (Titubea, mira amorosamente á Gloria pero ante la enérgica actitud de Julián vase volviendo repetidas veces la cara.) ¡Hija de mi alma!...

ESCENA VI

JULIÁN, GLORIA

JUL. (Aparte.) Es preciso. Hay que apurar todos los medios. (Al ver que Gloria se ha dejado caer en la silla desfallecida.) Gloria, ¿qué tienes?

GLORIA No sé. Una angustia... Una ansiedad.

JUL. Hija mía, es preciso que te hagas fuerte, que olvides lo pasado y pienses en el porvenir

GLORIA ¿Acaso existe para mí? ¿Tengo derecho á pedir otra cosa que no sean desventuras, lágrimas?

JUL. No, Gloria, no. Tú eres buena y al salir del ambiente de podredumbre que te rodeaba, al hallarte sola en tu conciencia, sin duda, has reflexionado, llegando á comprender la sinceridad de nuestro cariño, el noble fin que guía nuestros actos....

GLORIA Sí, don Julián, sí... (Angustiada.)

JUL. Pues entonces... Hay que ser fuerte. Es preciso que te des cuenta de tu situación

GLORIA ¿Qué quiere usted decir?

JUL. Ya debes comprenderlo Gloria. Que es necesario que santifiques con un sacramento la gran falta que has cometido, que...

GLORIA ¿Pero insiste usted en que se celebre esa boda?

JUL. Insisto en que es preciso ocultar la deshonrra que nos amenaza.

GLORIA Es que...

JUL. Ese joven es bueno, cariñoso, y si hoy no le amas, algún día llegarás á profesarle afecto. Y créete que estos matrimonios suelen ser más felices que aquellos que se contraen engañados por una vehemencia infantil, por un capricho pasajero...

GLORIA ¿Pero entonces usted quiere que sea cómplice de un engaño?

JUL. ¡Qué niña eres! Le confesaremos lo ocurrido, y él dejándose llevar de sus nobles sentimientos, se prestará gustoso á reparar una falta de la que no eres culpable.

GLORIA (Ocultándose el rostro con las manos,) ¡Decírselo todo! ¡Qué vergüenza!

JUL. ¡Bah! ¡Bah! Eso no tiene importancia. Ya verás cómo el domingo va al templo convencido de tu inocencia...

GLORIA ¿El domingo? ¿Acaso piensa usted?...

JUL. ¡Sí, hija mía, estos asuntos conviene arreglarlos cuanto antes La murmuración no espera. Hay que evitar que los huertanos que habitan esas barracas próximas, te hagan objeto de sus cuchicheos. Además, Adelina, mi hija se ha puesto hoy en camino. Ha obtenido de la directora del Colegio permiso para ser tu madrina de boda y llegará en

el tren de las once. ¡Está hecha una mujercita!...

GLORIA (Distraída.) ¡El domingo! ¡Oh! No. Es demasiado pronto!...

JUL. (Golpeando con el pie en el suelo.) ¡Qué terquedad!

GLORIA (Desesperada.) ¡Qué martirio!

ESCENA VII

DICHOS y CÁNDIDA por la derecha

CÁN. (En el dintel.) Señor...

JUL. (Reponiéndose bruscamente.) ¿Qué?

CÁN. El señorito Ignacio acaba de entrar en su despacho

JUL. Voy en seguida. (Acercándose á Gloria y en voz baja.) Y tú, Gloria... en fin, ¿quieres mucho á tu hijo?

GLORIA ¡Hijo de mi alma! ¡Dos meses sin verle! ¡Dos siglos para una madre!

JUL. Pues bien, en cuanto te cases saldréis para Francia. Allí se os reunirá la nodriza con el niño.

GLORIA ¿Es verdad eso? (Impaciente.)

JUL. Te lo juro. En cambio si continúas resistiéndote... (Amenazador.)

GLORIA ¡Oh, mi hijo! ¡Yo quiero tenerle siempre á mi lado! ¡Comérmelo á besos! ¡Si usted supiera!... La ausencia entibia en el angelito el cariño, y cuando me ve, se asusta, quiere huir de mis brazos para refugiarse en los de la nodriza... ¡Oh! Créalo usted, ¡es una crueldad destruir en el corazón de un hijo el cariño hacia su madre!... Deme usted mi hijo.

JUL. ¿Obedecerás?

GLORIA Si es que... (Vacilante.)

JUL. (Muy afectuoso.) ¿Lo ves? Ya estás más resignada... Piensa en la felicidad que te espera... Vaya, ¡adiós, hija mía! (La dirige una afectuosa mirada, va hacia la derecha y antes de salir, su rostro se transforma, sus ojos despiden un relámpago de triun-

fo.) ¡¡Al fin!! (Vase. Cándida le deja pasar, escucha un instante, y de puntillas hace la misma operación en el fondo. En voz muy baja.)

CÁN. ¡Señorita Gloria! (Viéndola sollozar.)

GLORIA ¡Dios mío!

CÁN. Señorita...

GLORIA ¿Eh? ¿Qué es eso?

CÁN (Mirando á todos lados.) Una carta para usted... Trae el sello de Requena, y...

GLORIA ¡Noticias de mi hijo! ¡Oh!. . ¡Dámela!...

CÁN Como las otras, viene dirigida á mí, pero he conocido la letra. .

GLORIA Mujer, trae, ¿no ves que me muero de ansiedad?

CÁN. Tome usted. (Entregándole la carta.)

GLORIA (Al leer el sobre.) ¡Ah! (Rasga febrilmente el sobre y empieza á leer. En su ansiedad, en el brillar de sus ojos, en el castañeteo de sus dientes, en los monosílabos que brotan de sus labios, en el temblor convulsivo que agita su cuerpo, en el beso frenético que estampa en el pliegueciilo al acabar de leer, se demostrará la transición que aquel escrito ha operado en su alma, las energías que han robustecido su decaído espíritu. Todo esto se recomienda al talento de la actriz, indicándola que para leer ha de colocar su figura ligeramente escorzada junto á la mesita, inclinándose algo para que la luz de la lámpara ilumine perfectamente el busto.) ¡Oh! ¡Bendita seas!

CÁN (Que observa asombrada la actitud de Gloria.) ¿Qué? ¿Es alguna buena noticia?

GLORIA ¡Oh! Sí, muy buena. Más de lo que yo podía imaginar... Dame un beso. (Se besan.)

CÁN. ¡Oh, señorita! ..

GLORIA Esto me servirá de consuelo... ¡Qué felicidad, Dios mío!

CÁN. (Escuchando.) ¿Eh? Me llaman... Me voy. . ¿Quería usted algo?

GLORIA Nada, hija mía.. Vete, y que como ahora, seas siempre mensajera de la felicidad. (Cándida hace mutis por la derecha.)

ESCENA VIII

GLORIA sola

¡Oh! Sí, es preciso acabar. (Llega á la puerta del fondo, se detiene, y, entusiasmándose gradualmente, dice lo que sigue encarándose con la puerta de la derecha.) Y ahora, generación de víboras, llamad á vuestro sabio preceptor; pedid su auxilio; encerraos los tres para maquinar vuestros inicuos planes. Y allí, en las tinieblas, id elaborando vuestra jesuítica obra. Cread más obstáculos, ceñid más cadenas; pero pensad, imbéciles, que todo es inútil. Los obstáculos se vencen, las cadenas se rompen para que triunfe al fin lo más hermoso, lo más sublime, lo más santo de esta vida: ¡El amor y la libertad! (Vase por la puerta del fondo cerrando tras sí.)

ESCENA IX

DON JULIÁN por la derecha

Es indispensable resolverlo todo esta misma noche, antes de que llegue Adelina. Dentro de media hora estará aquí y quizá mi propia hija fuera un obstáculo á mis planes. (Reflexiona un instante, acércase luego á la derecha y llama.) ¡Gloria! (Pausa, aproxímase al fondo y vuelve á llamar.) ¡¡Gloria!! (Abrese bruscamente la puerta del fondo y aparece Antonio en el umbral.)

ESCENA X

DON JULIÁN y ANTONIO

ANT. (Con calma.) ¿Llamaba usted?

JUL. (Retrocediendo horrorizado.) ¿Eh? ¡¡Tú!!

ANT. Yo, sí. Yo. Algún día había de venir á visitarle. No todo iban á ser muros, tinieblas y silencio.

JUL. ¡Oh!

ANT. No todo iba á ser eso. Cuando Dios no ha permitido que los que torturaron mi inteligencia me convirtieran en idiota, es porque me necesita en el mundo para hacer justicia. Si hay crímenes, para castigarlos; si hay víctimas, para vengarlas.

JUL. ¡Oh! Tú eres aquí el único que merece castigo, y lo tendrás. Has huído de la casa de Dios y...

ANT. ¿La casa de Dios? Don Julián, yo creí que ustedes se contentaban en llamar así á esos templos donde impera el mercantilismo y agoniza la fe. Pero veo que no. Quieren domiciliar á Dios en el repugnante antro de la tortura, en el lugar donde los que se llaman sus ministros, aguzan su perversión para que el martirio sea más terrible.

JUL. ¡Oh! Soy tan infame como tú al escucharte. Llamaré y serás conducido de nuevo al correccional.

ANT. Delira usted. He venido á algo más que a contarle penalidades. Esas ya las conocía usted de sobra. Vengo á decir á usted que ha cesado ya su tutela; vengo á recuperar mi libertad, la de mi hijo, la de Gloria.

JUL. ¡Gloria! No, á esa no volverás á verla.

ANT. ¡Que no! ¿Ves, maldito, cómo injurias á Dios con tus palabras? ¿No he de ver á Gloria si la he tenido hace un momento en mis brazos?

JUL. ¿Eh?

ANT. ¿No he de verla, si dentro de poco huiremos

lejos de aquí con nuestro hijo? ¡Si me espera con nuestro Antonio en los brazos!

JUL. ¡Oh! ¡No es posible! ¡Gloria! ¡Gloria!

ANT. No llames. Es inútil. Gloria fué siempre en esta casa la alegría: yo, la luz, la verdad. Huimos dejandoos la angustia en el corazón, la duda en el alma... La civilización, la luz no pueden vivir en las sombras.

JUL. ¿La civilización? ¡Mentira! Con esa palabra encubrís vuestra falta de religión.

ANT. ¡Cállate, blasfemo, cállate! Ese progreso te ha dado las comodidades que te rodean; cubre tus carnes, acorta las distancias... ¡pero si lo tienes cerca! en nubes de vapor desfilará bajo tu ventana, trayéndote lo que más quieres en el mundo. ¡Tu Adelina, tu hija! Y ahora, ¿ves cómo tú mismo te condenas?

JUL. ¡Oh! Merecías, por infame, la más terrible de las muertes.

ANT. Y tú, ¿qué merecías? Has hecho tanto, has cometido tales infamias que... ¡Ah! ¿Y si la sospecha que una carta de don Andrés?...

JUL. ¿Qué? ¿Te ha escrito ese infame?

ANT. Sí. Me ha escrito y sin decírmelo claro, me anuncia, para cuando nos veamos en París, tales revelaciones respecto á mi padre, que...

JUL. ¡Oh! ¡Se venga de que no quiero que me robe por más tiempo!... ¿Es acaso ese bandido quien ha ayudado tu fuga?

ANT. No. Los que me libertaron fueron mis compañeros de lucha contra la esclavitud, los que sueñan con un mañana más justo, más equitativo, en el que el libro sustituya al látigo y la razón al fanatismo; esos, que mañana comenzarán á publicar una novela histórica en la que hay varias víctimas: nosotros; un solo verdugo: tú.

JUL. (Frenético) Pues bien; como no eres tú ni la justicia humana quien ha de pedirme cuenta de mis actos, sino alguien que está muy por encima de todo eso y que vosotros, ¡ciegos! no habéis visto ni veréis jamás; en nombre de ese pensamiento, de esa idea sublime... voy... á... (Va á coger la escopeta.)

ANT. (Se arroja sobre él, forcejeando.) No. Aun me dejó el tormento fuerzas suficientes para acercarme á tí, estrujar con mis manos tu raquítica naturaleza y arrojarte así al lozadal inmundo de las mentiras, al asqueroso montón en en que se nutren tus errores. ¡Al suelo!... ¡Al cieno!... ¡Así!... ¡Así! (Arrojándole.)

JUL. ¡Mátame, maldito!

ANT. ¿Para qué? No es el crimen lo que ha de curar á la sociedad de monstruo tan execrable, del fantasma de tantos siglos. Esa labor corresponde á vuestros enemigos más terribles: ¡A la verdad! ¡A la ciencia!...

JUL. ¡Calla!

ANT. Al progreso. ¿No te lo dije antes? Ellos nos vengarán al destruiros.

JUL. ¡Oh!

ANT. Si no eres un hombre. Si eres el fruto podrido de ese árbol viejo, pero gigante, colosal; árbol que plantó la ignorancia y que regastéis vosotros con la sangre de la inquisición.

JUL. ¡Calla!

ANT. De la inquisición, sí, vuestra digna obra, afrenta del mundo cristiano, baldón que arrojasteis sobre el hombre más bueno y más justo de la tierra: Vuestro vengativo hijo de Dios; nuestro bondadoso hijo del hombre. ¡Jesucristo!

LUL. ¡Oh, qué horror!

ANT. Pero Dios te castiga. Yo con los míos, y mientras en tu desesperacion los imaginarás en mis brazos, quédate aquí dominado, vencido, sólo... sólo.

* *

(Desde el momento de la lucha con Antonio, don Julián habrá hecho visible la contracción de sus facciones, el enorme quebranto que en su delicada naturaleza ha producido la terrible emoción sufrida. Mientras Antonio declama los últimos párrafos, don Julián respira fatigosamente, arráncase el cuello de la camisa que le ahoga, se desabrocha el chaleco, y con los ojos inyectados, hunde rabiosamente las uñas en el pecho. Esta crisis irá acentuándose para llegar un instante en que el viejo mueva la cabeza á un lado y otro con la actitud

de un idiota; sus manos se crispan; sus ojos se hinchan, queriendo salir de las órbitas; su lengua tartamudea frases sin sentido Al terminar el párrafo, don Julián lanza un rugido y se arroja á él, pero antes de llegar, se tambalea, abre los brazos y cae pesadamente y de bruces casi á los pies de Antonio que le contempla compasivamente.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y GLORIA

GLORIA (Saliendo por el foro.) ¡Antonio! (Retrocede asustada al ver á don Julián.) ¡Dios mío! (Don Julián araña el suelo un momento, intenta levantarse y cae pesadamente.)

ANT. No temas, Gloria. La desesperación, la rabia han acabado con esa miserable materia. Ya nada puede hacer contra nosotros. Con él muere el señorío feudal, los períodos de terror y de oscurantismo, el régimen inquisitorial de otros tiempos.

UN NIÑO (Dentro) ¡Mamá!

ANT. ¿Oyes? Es nuestro hijo, Gloria. Huyamos de aquí. Llevemos á ese niño lejos de esta atmósfera que envició la ignorancia. Que cuando los albores de un nuevo día saluden nuestro camino, podamos inculcar en su inteligencia las ideas sublimes de verdad y de justicia, de que están hambrientos los séres... Ideas que han de redimir á los hombres, agrupándolos bajo el árbol santo de la libertad. (Antonio y Gloria, abrazados y en el fondo izquierda, contemplan compasivamente el cadáver de don Julián.—Telón.)

FIN DEL DRAMA

IMPORTANTE

Para aquellas empresas que deseen representar esta obra con el efecto final de maquinaria con que fué estrenada, insertamos la modificación que ha de sufrir esta última escena desde la línea marcada con asteriscos.

* *

(Después de sus últimas frases, Antonio desaparece por el fondo, luego de haber retado, valientemente con el gesto, á don Julián, que siente impulsos de acometerle.)

ESCENA XI

DON JULIÁN solo

(Aterrado.) ¡Qué angustia!... Y mañana el escándalo... la difamación... ¡¡El presidio!!... ¡Oh! .. ¡No!... ¡No será! (Se dirige bruscamente al lugar donde se halla la escopeta, coge esta febrilmente y desaparece enloquecido por el fondo.)

MUTACION

CUADRO SEXTO

El gran rebelde

La escena representa la huerta de Valencia. En primer término, á todo lo largo de la misma, practicable de poco más de un metro de altura en rampa que baja á todo lo largo de la escena.

Segundo término; cuneta que se supone del paso á nivel. Al fondo, huerta, y á lo lejos, entre el follaje, se vislumbran las lucecitas de las barracas. Foro izquierda, la cuneta forma curva hacia el fondo, ocultándose por detrás del desmonte.

Es de noche, la tempestad lejana ilumina, á pequeños intervalos, el cielo, y óyese vagamente el retumbar del trueno.

Antonio aparece por la izquierda. Vuelve airadamente la cara y habla dirigiéndose á la derecha.

ESCENA UNICA

ANTONIO y DON JULIÁN

ANT. ¡Huye, Gloria! ¡Nos sigue esa fiera! (El cascabeleo de una tartana y el restañido de la fusta se oye alejarse rápidamente. En este momento, el fogonazo de un arma de fuego hace volver rápidamente la cara á Antonio. Allí, á su izquierda, está don Julián, que de nuevo asesta su arma y dispara otra vez sin lograr herir á Antonio. Acércanse aquellos hombres, luchan con la saña de dos tigres, hasta que en un poderoso esfuerzo, Antonio empuja á su rival, dejándolo caer al fondo de la cuneta. En este momento, el tren exprés, velocísimo, majestuoso, aparece en la curva. Llega de frente, como si fuera á desembocar en el proscenio, pero la mano del hombre le guía y desaparece en el lateral derecha, mientras Antonio, loco de desesperación, lanza un grito y mira aterrado al fondo de la cuneta donde se supone quedó el cuerpo de don Julián, aplastado por la locomotora, símbolo hermoso del progreso.—Telón.)

Adviértese lo imprescindible que es para el buen efecto de esta escena, que la pasada del tren sea UN SEGUNDO despues de la caída de don Julián.

FIN DEL DRAMA

ADVERTENCIAS

Aunque el acertado criterio de los señores directores de escena suplirá, con ventaja, las omisiones en que hayamos incurrido para la presentación de esta obra, creemos conveniente advertir que los trajes que han de vestir *Antonio* y *Gloria*, han de ser de tonos claros en el primero y segundo actos. *Gloria* vestirá en el tercero de negro, con mantilla, y en el último, de color oscuro.

Doña Aurelia y *Don Julián*, vestirán trajes negros.

Los *Corrigendos*, irán uniformados del siguiente modo:

Unos, con blusa tableada color pajizo, pantalón de igual color, cinturón de cuero negro, alpargatas grises y boína azul.

Otros, con blusa, pantalón y boína azul; cinturón blanco y alpargatas.

El *Fray Tiburcio* del tercer cuadro, ofrecerá un aspecto grotesco por su exagerada obesidad.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

El chico de los pájaros, ensayo de entremés en prosa, estrenado en el teatro Martín.

El huerto de «El Francés», melodrama de gran espectáculo en cuatro actos y cinco cuadros, estrenado en el teatro Martín.

Los corrigendos, melodrama en cuatro actos, original.

De Eduardo Carrió

Rocambole, melodrama de gran espectáculo en cinco actos y diez cuadros, arreglo de la obra de Ponson du Terrail, estrenado en el teatro de Novedades (1).

La venganza de una favorita, melodrama en cinco actos, arreglo del francés, estrenado en el teatro de Novedades (1).

La Fuentecica, zarzuela en un acto y tres cuadros, música de los maestros Requejo y Pons, estrenada en el teatro Cómico (2).

De Luis Porta

Recompensa, drama en tres actos y cuatro cuadros, en verso; estrenado en el teatro de Novedades el 31 de Enero de 1904.

Después del baño, apropósito.

---

(1) En colaboración con D. José Sánchez Gerona.

(2) Idem con D. Luis Ibáñez.

IISTORIA

A Y DIPLOMATICA

e la independencia
s Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

ERÓNIMO BECKER

e acaba de ponerse á la venta,
lio y fiel extracto los principales
ia con imparcialidad la historia
sus defectos y expone con misu-
o referente á las relaciones exte-
, siendo, por tanto, de gran inte-
de un modo exacto el aspecto
a cuestión cubana.
.º, 642 páginas, 8 pesetas.

COPILACIÓN

DE LAS

S REINOS DE LAS INDIAS

das imprimir y publicar

POR

CATOLICA DEL REY CARLOS II

, corregida y aprobada por la
l Tribunal Supremo de Justicia,
n de la Regencia provisional del

n folio, 50 pesetas.

LOS ESPAÑOLES

pleta de todos los tomos publi-
ciedad, de que se hallan la ma-
os.
s 38 tomos en 4.º—Precio, 900

omos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.